

CONTANDO CUENTOS EN LA BIBLIOTECA

VOLUMEN II



Coordinadora del Libro:
ROSALÍA NALLELI PÉREZ ESTRADA
Coordinadora de las Bibliotecas:
ELIZABETH PÉREZ MAZA



TLAXCALA
UNA NUEVA HISTORIA
2021 - 2027



UPTLAX
UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE TLAXCALA

CONTANDO CUENTOS EN LA BIBLIOTECA

VOLUMEN II

Coordinadora General:
Rosalía Nalleli Pérez Estrada

Coordinadora de Bibliotecas:
Elizabeth Pérez Maza

Tlaxcala
Abril, 2026

Esta obra complementa la primera publicación hecha por bibliotecarios del Estado de Tlaxcala, titulada: Contando Cuentos en la Biblioteca. Su origen obedece a que se busca promover entre los lectores cotidianos de las bibliotecas que también produzcan textos.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio electrónico o impreso, incluido el diseño tipográfico o de portada, sin el consentimiento por escrito de la coordinadora general del libro. Para el permiso, escribir a rosalianalleli.perez@uptlax.edu.mx

Primera edición de Contando Cuentos en la Biblioteca Volumen II.
Abril del 2026

**CONTANDO CUENTOS
EN LA
BIBLIOTECA

VOLUMEN II**

Título original:

Contando Cuentos en la Biblioteca, Volumen II.

Coordinadora general:

Rosalía Nalleli Pérez Estrada

Coordinadora de Bibliotecas del Estado de Tlaxcala:

Elizabeth Pérez Maza

DR. Universidad Politécnica de Tlaxcala

Av. Universidad Politécnica de Tlaxcala, No. 1. San Pedro

Xalcaltzinco; Tepeyanco; Tlaxcala.

CP 90180

ISBN: 978-607-96438-6-7

AUTORIDADES:

Lorena Cuéllar Cisneros. Gobernadora Constitucional del Estado de Tlaxcala

Mario Delgado Carrillo. Secretario de Educación Pública

Ricardo Villanueva Lomelí. Subsecretario de Educación Superior

Marlenne Johvana Mendoza González. Directora General de Universidades Tecnológicas y Politécnicas.

Homero Meneses Hernández. Secretario de Educación Pública del Estado de Tlaxcala

Rosalía Nalleli Pérez Estrada. Rectora de la Universidad Politécnica de Tlaxcala.

ÍNDICE

Prólogo	8
¡Luna! Un pequeño ser	9
La lección que debes llevarte en el corazón	13
Valentina encuentra a sus padres en el más allá	18
Desamparo	25
La biblioteca de los susurros	27
Mi herencia	29
El tempocatl	32
Los sueños son ecos	35
K I p en Bibliotecalandia	38
Ramón, el pug que no podía sonreír	40
Las aventuras de la conejita gris	44
Y si no tengo un perfecto esmalte en las uñas, ¿qué?	48
Las aventuras de la oruga "Peluchito"	51
Feliz en navidad	53
La casita verde	56
Las sobras de la biblioteca	58
Rosita y el pastel de lodo	60
Sueños de eternidad	62
La talla exacta del amor	65
¿Quién es Adriana?	69
El tablero que guarda recuerdos	75
El eco del "Cucui Cucui"	77
Shadow	81
La fuerza de la infancia y la creatividad de Julio	86
El manantial de Acxotla del Río	95
Rita y el grillo guardián de secretos	97
El adiós que dejo huella en mi vida,	
la muerte de una mascota	100
Enki y el portal misterioso	103
Lola	109
Aquiles	116
Las aventuras de mi perrita Frida	117
Despedida	121

PRÓLOGO

Las bibliotecas han sido más que estanteros y libros; Son refugios de historias que esperan pacientemente a ser contadas.

En la primera edición de **Contando Cuentos en la Biblioteca**, abrimos la puerta a un mundo donde la imaginación se sentaba junto a nosotros, entre susurros, páginas y miradas curiosas. Este segundo libro nace de esas mismas tardes mágicas, pero con nuevos relatos, nuevas voces y nuevas aventuras. Aquí, cada cuento es una llave que abre un rincón distinto. Algunos cuentos te harán reír, otros te invitarán a reflexionar y unos cuantos más, quizás te dejen con un nudo en la garganta. Este libro es especial porque reunimos tantas historias pensadas para ser contadas en voz alta, como si estuviéramos en un gran círculo sentados escuchando y soñando juntos. Cada cuento fue elegido con cariño, imaginando las sonrisas, las preguntas y hasta las carcajadas que podrán provocar.

Mi deseo es que al pasar cada página, sientas el mismo calor que se respira en una biblioteca llena de niños atentos, adultos soñadores y personajes que parecen saltar de los libros para acompañarte. Te invito a encontrar tu rincón favorito, abrir este libro y dejar que las historias hagan lo que mejor saben: quedarse contigo incluso después de cerrarlo.

Elizabeth Pérez Maza
Coordinadora Estatal de Bibliotecas Públicas

¡Luna! Un pequeño ser

Yocely De Gante De Gante
Biblioteca Pública Sor Juana Inés De La Cruz
San Felipe Hidalgo, Municipio de Nanacamilpa de Mariano Arista,
Tlaxcala
yocelydg@gmail.com

En algún lugar existía un pequeño ser. Le encantaba que le llamaran Luna. Luna vivía cerca de una montaña rodeada de montes, volcanes y ríos (era un hermoso lugar). La montaña susurraba canciones; ella tenía un don muy especial: ¡Sabía el lenguaje de la montaña, de los montes, de los volcanes! Y le encantaba platicar con los animales porque sabía su lengua, que era una lengua antigua. Entendía cuando la lechuga ululaba y llamaba a su compañero el búho. Sabía cuando el conejito corría temeroso de los cazadores. Conocía el lenguaje de las flores, sabía la música del viento en el otoño para que los árboles y la flores durmieran. A Luna le encantaba platicar con los árboles, porque los árboles le contaban grandes secretos. Los ríos de la montaña le contaban historias y también le cantaban, aunque en ocasiones embravecían; pero ella no les tenía miedo porque sabía que no la dañarían. Pero había alguien muy especial: ¡Luciérnagas! Las luciérnagas le enseñaban a bailar en la oscuridad, entre la sombra de los árboles y la brisa de los ríos. Ella no tenía miedo. ¡Era feliz!

Hasta que un día la montaña dejó de cantar y los volcanes enfurecieron. ¡Y una sombra llegó! Una sombra que la confundía, que no tenía claro qué pretendía, si cuidarla o dañarla. ¡No sabía! Pero le robó su luz, su voz, su sonrisa... y le dejó mucha

tristeza en su corazón. Esa sombra la hacía sentir mala, triste, apenada, sola.

Entonces Luna dejó de hablar con la montaña, con los ríos, las luciérnagas. Todos los animales la veían triste y también entristecieron y dejaron de hablar y cantar.

Pasaba el tiempo y Luna sólo caminaba, estaba tan apenada, tan triste. De tan triste que estaba, que cuando pasaba junto a las flores, ellas se marchitaban. ¡También a ellas les quitó la alegría! Los pájaros, los conejitos, las ardillas ¡Todos estaban tristes! El río que antes le cantaba, ahora sólo lloraba junto a ella. Con tanto sentimiento que sentía, el corazón se le apagaba. Sentía que cada momento era el último suspiro.

Una noche, una estrella fugaz cayó del cielo. Se detuvo frente a Luna con una luz tan brillante, una mirada tan tierna, y una voz tan dulce. Y le dijo, con esa voz tan dulce:

-Sé que alguien te ha lastimado, ha silenciado tu voz, ha apagado tu corazón. Ha puesto en tu corazón sentimientos que no te pertenecen y sientes que todos te han olvidado. ¡Pero no es así! La montaña, el río, las flores, los animales, los árboles no te han olvidado. Te siguen acompañando.

Luna la miró, y aún con mucho miedo, le preguntó:

-¿Y cómo hablo con ellos si mi corazón está roto? ¡El llanto y la tristeza quitaron mi voz!

-¡Nadie te ha quitado tu voz, hija mía! -Contestó la estrella- Sólo está descansado de la tormenta. Pero tienes que despertarla de ese descanso.

-¿Y cómo puedo hacer eso?- Preguntó Luna.

-Para eso tienes que recorrer toda la montaña, donde los árboles y las flores guardan los secretos de aquella sombra que fue tan injusta. En esa montaña encontrarás al búho de la sabiduría, ¡Él sabrá que hacer!

Luna siguió los caminos de la montaña, guiada por una luz tan hermosa; que la montaña era diferente, los árboles lloraban, las flores se retorcían como serpientes, las ramas de los árboles susurraban nombres, y contaban historias de quienes ya habían sufrido. Luna sentía mucho miedo, pero esa luz le daba fuerza en

su corazón. Caminó y caminó hasta una laguna inmóvil con un brillo impresionante. En ese momento vio sobrevolando un búho. ¡El búho de la sabiduría! Al mirarla, le dijo:

-¿Has venido a buscar lo que te quitaron?

-¡Sí, quiero recuperar mi voz! -contestó luna- Y quiero que la montaña vuelva a cantar, que las luciérnagas otra vez me enseñen a bailar.

El búho extendió sus alas... y le dijo:

-¡Para recuperar tu voz debes mirar el agua, y ahí verás muchas cosas. Entre ellas verás la herida en tu corazón, y también verás lo que no merecías y a quienes te dañaron. Y entenderás, pero también verás quién eres en verdad.

Luna miró la laguna, y vio su reflejo, pero no le gustó mucho. Después vio imágenes borrosas de esas sombras que le habían hecho daño. Cerró los ojos porque aún le dio miedo. Pero el búho ululó y le habló:

-¡No debes tener miedo, ni pena; la culpa no es tuya! ¡Nunca lo fue!

Esas palabras fueron magia y el agua comenzó a brillar e inexplicablemente del fondo emergió una luciérnaga, tan brillante como la luna y se posó en el corazón de Luna. Luna sintió algo inexplicable, que algo se rompió dentro de ella. Ese dolor que le apretaba el corazón y la garganta. ¡Por primera vez en mucho tiempo se sintió viva, sin pena, sin miedo! Y respiró.

El búho le sonrió, extendió sus alas y le dijo:

-¡Tu voz ha regresado! Porque tu corazón está sanando, pero aún tenemos que hacer algo más. La montaña y todos deben sanar.

-¿Y eso cómo lo debo hacer señor búho?- Preguntó Luna con preocupación.

-¡Con la verdad! -Contestó el búho- Cada vez que hables y no tengas miedo a decir: ¡No fue mi culpa!, poco a poco la montaña y todos se irán recuperando y viviendo. Los árboles volverán a cantar, las flores a bailar y las luciérnagas volverán a brillar.

Luna entendió, y con una sonrisa, caminó por la montaña, repitiendo esas palabras. Comenzó a cantar y los volcanes regresaron a soñar. Con cada paso, los árboles reverdecían y con cada lágrima, flores nuevas nacían.

Cuando gritó al cielo su verdad, las luciérnagas emergieron invitándola a bailar. Su eco tan lejos se escuchó, y su llanto se convirtió en canto. Llegó tan alto que las estrellas bajaron a bailar con ella, entre árboles y flores. La montaña completa despertó.

Un día Luna dormía. El viento hasta la laguna la seguía, y del centro de la laguna una sombra salía. ¡La que la había dañado! Luna se le acercó, pero su corazón odio ya no tenía. La sombra desapareció y en ese mismo lugar un árbol nació. Entonces Luna dijo: ¡Desde hoy todo acabó! Y su voz clara y fuerte se volvió.

La sombra de vez en cuando aparece, pero Dios y la montaña son su guía.

La lección que debes llevarte en el corazón

Elizabeth Martínez Reyes
Biblioteca Pública Municipal 698
elizabeth_17u@hotmail.com

En una granja vivía un burrito llamado Jorge. A él le gustaba jugar con sus amigos. Ellos se reunían por las tardes porque todos los animales de la granja a esa hora descansaban. Un día llegó una familia a vivir a la granja, lo que causó miedo para todos los animales.

Jorge, quien era muy curioso, corrió a asomarse y lo que vio lo dejó muy sorprendido. Observó un niño que estaba gritándole a sus papás. Aquel niño se miraba enojado, pero sobre todo muy malcriado. Jorge corrió a ver a los demás animales y les dijo:

- Por ningún motivo se acerquen al niño, se ve que es muy grosero, nos podría lastimar.

Los animales se echaron a reír y le dijeron que exageraba, porque todos los niños eran muy buenos y educados.

Llegó la mañana y la mamá fue temprano a los corrales a recoger los huevos de las gallinas para preparar el desayuno. Cuando entró les dijo a las gallinas:

-Hoy pusieron pocos huevos. Si siguen así, mañana me las voy a comer.

Se salió muy enojada del corral y lo más triste es que no les dio las gracias a aquellas gallinas. Sólo las amenazó y se llevó sus huevos que con tanto sacrificio habían puesto. Las gallinas murmuraron entre ellas su disgusto por aquella acción que había

hecho la mamá. Pero también comentaban el miedo por si una dejaba de poner, porque podía ser la cena.

Ese mismo día, el papá del niño fue por leche al establo de las vacas, ya que él disfrutaba mucho en el desayuno una rica concha con un vaso de leche fresca. Ordeñó las vacas y cuando término les dijo:

-Mañana vendré por más leche, así que coman lo suficiente porque quiero tomar leche buena y fresca.

Al retirarse el papá de ahí, las vacas empezaron a comentar entre ellas que él había sido demasiado grosero, porque no les había dado las gracias y sólo exigió lo que él quería.

En la tarde, como siempre, se reunieron los animales y comentaron todo lo que había sucedido. Jorge, con coraje, miró a los demás animales y les dijo que esas acciones no eran correctas, porque todos merecían un respeto por hacer su trabajo. Así que propuso a los animales darles una lección a todos los miembros de la familia. Pero no aceptaron, porque tenían mucho miedo.

Al día siguiente el niño salió a correr en el campo. Se llevó su pelota favorita, que era de color verde; un verde tan hermoso, que se perdía en el color del pasto y los árboles. Él, con mucha fuerza, pateó su pelota y la lanzó muy lejos, tan lejos que no la pudo encontrar.

El niño se tiró en el pasto y comenzó a llorar con mucho sentimiento. De pronto, un pajarito de color amarillo bajó hacia donde estaba. Se le paró en el hombro y con mucha ternura le limpió las lágrimas con su pico. El niño se levantó e hizo algo que jamás en su vida había hecho. Dijo una palabra que desconocía. Esa palabra era "gracias".

Jorge pastaba por ahí y observó lo que había pasado, sintiendo mucha alegría, ya que en el corazón de ese niño berrinchudo había bondad.

Jorge fue a buscar al águila Damiana, porque desde la altura, ella podía observar con sus ojos lugares muy alejados o difíciles de ver. Cuando llegó con ella, le pidió que por favor ayudara al niño a buscar su pelota. Ella contestó con gran

amabilidad que sí. Se impulsó con sus enormes alas y voló por el lugar donde jugaba el niño. Encontró la pelota, pero estaba dentro de muchos matorrales, así que no pudo entrar a sacarla.

Regresó hacia Jorge y le dijo dónde estaba. Jorge era muy grande, con patas muy fuertes, pero no podía caber ahí, así que de inmediato corrió a la granja a ver al gato Paco y le dijo:

-Paco, Paquito de mi corazón. Vengo a pedirte un enorme favor: necesito que me ayudes a sacar la pelota del niño. Es que estaba jugando y la perdió dentro de unos matorrales. ¿Podrías ayudarme, por favor?

El gato Paco estaba muy desconcertado al escuchar dicho favor, porque él mismo había mencionado que ese niño era muy grosero y berrinchudo. Además, las gallinas y las vacas también habían dicho que los padres eran crueles y malagradecidos. Recordando todo aquello que le habían contado contestó:

-¿Por qué debería ayudarlo? Si toda esa familia es muy grosera. No conocen la palabra "gracias" y tampoco saben disculparse.

El gato con mucha firmeza se negó y se marchó, así que Jorge no tuvo más remedio que marcharse e ir a buscar la pelota solo.

Mientras tanto el niño se limpió las lágrimas y se fue acompañado del pajarillo a su casa. En sus ojos se mostraba su gran tristeza por haber perdido esa pelota. Para él, esa pelota significaba mucho, porque era un regalo de su abuelo que no tenía mucho que había fallecido.

Llegó a su casa y les dijo a sus papás lo que le había sucedido. Ellos lo abrazaron con mucha ternura y le dijeron:

-Ya no llores hijo mío; te compraremos otra.

Él sólo contestó que quería dormir y se fue a su habitación.

El gato Paco escuchó todo, así que fue a buscar al burrito Jorge con gran rapidez. Pero al llegar ahí, observó que estaba atrapado dentro de los arbustos, así que fue a llamar a todos los animales de la granja. Cuando llegó les dijo:

-¡Por favor ayúdenme a salvar a Jorge! Se quedó atorado dentro de los arbustos por sacar la pelota del niño. Yo fui malo con él, porque me pidió ayuda y no lo hice. ¡Por favor, ayúdenme a ayudarlo!

Todos los animales se fueron a aquel lugar. No lo pensaron ni dos veces ya que para ellos la amistad, solidaridad y empatía eran fundamentales en su forma de vida. Cuando llegaron ahí, las vacas empezaron a comerse todo lo verde de los arbustos. Los caballos empezaron a pisarlos. Las gallinas volaron por todo el rededor para impulsar la pelota y sacarla de ahí. El gato Paco, como era hábil, se metió muy sigiloso y con sus manos la pudo agarrar.

Así, los animales se marcharon con la pelota del niño y con Jorge. Al llegar a la granja, Jorge tocó la puerta de la casa de la familia, el papá abrió la puerta y le dijo a su esposa e hijo que bajaran. Toda la familia se quedó sorprendida por que todos los animales estaban juntos y llevando la pelota que su hijo había perdido. El niño, con una mirada tierna, abrazó a Jorge y cargó al gato Paco.

Los papás, por primera vez en su vida, dijeron "gracias" a todos aquellos animales que hicieron posible recuperar esa pelota, que significaba mucho para su hijo.

Los animales regresaron a sus corrales y Jorge quiso ofréceles unas palabras:

-Gracias por haberme ayudado. Gracias por no haberme dejado solo. Aunque somos de diferente especie, nos ayudamos y queremos como hermanos.

El gato Paco, con voz tímida dijo:

-Perdóname por haberte dejado solo y no haber querido ir contigo. En el momento que me pediste ayuda no lo quise hacer. Discúlpame, pero me enfoqué tanto en el rencor y olvidé el valor de la amistad y solidaridad.

El burro Jorge le contestó que no se preocupara, porque a veces solemos ser muy orgullosos y rencorosos y olvidamos la parte de ser buenos con los demás. La vaca Juana, quien era la más grande de la granja, se acercó a Jorge y le dijo:

-No cabe duda que tu corazón es bueno. Nunca cambies. A pesar de que a tu alrededor haya maldad, tu no debes desear el mal a nadie, ni vengarte, porque un alma buena y sincera tendrá grandes recompensas en el mundo.

Esas palabras se le quedaron grabadas a Jorge en el corazón y juró nunca olvidar aquel consejo que escuchó del animal más sabio de la granja.

Al día siguiente, la familia fue a los corrales, recogió la mamá los huevos de las gallinas, pero esta vez lo hizo con amabilidad y dio las gracias. El papá fue a traer su leche y con voz amable y sutil también dio las gracias. Aquellos padres groseros y malcriados habían aprendido una gran lección del poder que tiene ser agradecidos y decir "gracias". El niño fue a los corrales de los animales y a cada uno de ellos les dijo buenos días y les dio de comer. También él había aprendido la importancia de ser un buen niño y ser agradecido. Desde ese entonces vivieron muy felices en la granja los animales y la familia.

Posdata:

"En el mundo puede existir mucha maldad. Malas personas, buenas personas, pero siempre debes hacer la diferencia con tus acciones y la forma de tratar a las personas. Eso no es debilidad. Es educación. Por eso existe el dicho de que "No todos somos iguales".

Fin

Valentina encuentra a sus padres en el más allá

Odilia Netzahualcoyotl

Biblioteca pública "Cultura Popular" colección 5116

Xaltipan, Contla; Tlaxcala.

januaryscaretoris@gmail.com

Todo comenzó hace mucho tiempo, en épocas de la Revolución Mexicana. En aquel tiempo no todos tenían el privilegio de asistir al colegio. Jacinta, una niña de apenas 8 años, hija de campesinos, vivía en un pueblo muy pequeño, en donde aparentemente reinaba la paz. Todos los días sus padres salían a trabajar. Ella se quedaba al cuidado de su abuela, salía a jugar al patio trasero que conectaba a la casa, trepaba los árboles, tiraba con el charpe, bailaba agarrándose las enaguas, giraba dando vueltas al son del movimiento del viento.

Hacía una mezcla de tierra con agua hasta lograr una consistencia que le permitiera moldear figuras como, cazuelitas, jarros, pastelitos, montañas o animales. Así transcurría su vida diaria, jugando y explorando. Cuando se sentía cansada, se recostaba en el suelo y se quedaba dormida. Cuenta que una ocasión soñó que se acercaba mucha gente y todos corrían de un lado a otro y ella no podía correr, sentía que algo debajo de la tierra la jalaba y no le permitía avanzar. Sólo escuchaba su nombre: "*¡Jacinta, Jacinta! Si tú juegas conmigo, me harás muy feliz*".

Jacinta despertó asustada buscando con la mirada a todos lados. No vio nada, sólo el viento empezó a soplar fuerte y sus enaguas empezaron a levantarse. Corrió a su casa buscando la protección de su abuela. La abuela, al mirarla toda pálida, le preguntó:

-¿Qué te pasa?

Y ella respondió:

-Nada, abuela, sólo fue un sueño.

Pasaron las horas y el atardecer desaparecía, cuando a lo lejos vio a sus padres venir y detrás de ellos a la multitud de personas que vio en su sueño. Asustada, entró a preguntarle a su abuela quiénes eran esas personas que acompañaban al abuelo y a sus padres. La abuela le preguntó de qué hablaba, -Tus padres y el abuelo, como todos los días, regresan solos.

-No abuela -insistió Jacinta-. Vienen acompañados y es mucha gente.

La abuela, al ver la insistencia de su nieta, salió a ver y cuál fue su sorpresa que no venían acompañados. Regañó a Jacinta diciéndole:

-Jacinta, eso te pasa por dormir en el suelo, a plena luz del día. Ya te he dicho que sólo se duerme por las noches.

Entraron sus padres y el abuelo, cenaron y se pusieron a desgranar un rato. El resto de la tarde Jacinta no dijo ni una palabra. Sus padres le preguntaron que si se sentía mal. Ella contestó que no.

Llegó la noche. Todos se acostaron en sus petates.

Jacinta no podía dormir, se volteaba de un lado a otro. Después de un largo rato, el sueño la venció. Al siguiente día se levantó temprano. Se fue a lavar la cara cuando, de repente, al levantar la cara vio pasar la silueta de una persona que se fue directo a un árbol. Se quedó atónita sin decir nada. Entró gritando:

-¡Papá, papá, hay una persona, allá atrás, junto al árbol se está escondiendo!

Su padre salió apresurado. Tomó un palo y corrió hacia el árbol. Al llegar, no había nada; pero sintió un frío que le quemaba la piel y eso fue muy raro para él ya que jamás le había sucedido. Se fue de regreso a la casa sin mencionar lo que acababa de sentir. Jacinta no hizo preguntas porque no vio a su padre asustado, desayunaron, se despidieron y se marcharon rumbo al trabajo.

Todos los días Jacinta ayudaba a su abuela a alimentar a las gallinas, gallos, pollos, guajolotes y totolas. La abuela le pedía

que vaya por un poco de agua que había dejado en la cubeta a un lado del pozo y así lo hacía. Al llegar, escuchó su nombre "*¡Jacinta, Jacinta! quiero jugar contigo*". Al escuchar eso, dejó tirada la cubeta y corrió hacia la abuela, diciéndole:

-¡Abuela, abuela! No sé quién está en la casa, pero me llamó por mi nombre.

-Jacinta -le dice la abuela-, deja de hacerte la chistosa y obedece.

-De verdad abuelita -contesta Jacinta-. No estoy diciendo mentiras y no es un sueño. Esto es real.

La abuela, al ver a su nieta tan asustada, corrió hacia la casa. Tomó el palo y entró. Empezó a buscar y no encontró a nadie. Se fue de regreso moviendo la cabeza. Regañó a Jacinta diciéndole que no diga mentiras. Jacinta agachó la cabeza.

-Abuelita, lo que te estoy diciendo es verdad. Esta es la segunda vez que me llaman por mi nombre.

La abuela no le hizo caso y le dio órdenes de seguir alimentando a los animales, en lo que ella iba por el agua. Después de un rato, la abuela fue a preparar la comida y la niña se puso a jugar; cuando de repente escuchó:

-jssssshhh *Jacinta, Jacinta!*- La niña empezó a caminar hacia el lugar de dónde provenía el llamado. Llegó al paredón que estaba a un lado de su casa. Jacinta no sabía que ahí también había un pozo. Ahí estaba una niña parada mencionando su nombre. Jacinta se puso pálida y no pudo moverse. Se cubrió la cara para no ver. Cuando sintió que alguien le estaba agarrando el brazo. Intentaba gritar, pero no podía. La niña le dijo:

-No te asustes, no te voy a hacer daño; yo sólo quiero jugar contigo.

Y como Jacinta no tenía con quien jugar, accedió y la miró. La niña tenía la carita muy sucia, mostraba angustia y tristeza, estaba despeinada, vestía un camisón blanco largo, sucio. No se le veían los pies. Ese día se la pasaron jugando, sin hacerse preguntas. Se despidieron y se prometieron verse al día siguiente y

así fue. Hasta que un día, dentro del juego, Jacinta le preguntó su nombre y la niña le dijo que no recordaba su nombre.

-Pero eso no es posible -dijo Jacinta-. ¡Si todos se saben su nombre!

-Sí, pero yo no recuerdo el mío- dijo la niña.

-Y entonces ¿Cómo te gustaría llamarte?

-No lo sé- respondió la niña.

-¿Qué te parece si te llamas Valentina? ¿Te gusta?

-Sí, es muy bonito -dijo la niña.

-Entonces, a partir de hoy, eres Valentina.

Y comenzaron a reír a carcajadas.

Al llegar sus padres, les contó que había conocido a una niña y que todas las tardes jugaban. Sus padres le preguntaron que en donde vivía, Jacinta les contestó que no sabía, pero que sus padres le dieran permiso de venir a jugar al día siguiente. El día marchó con las actividades cotidianas y llegó el momento de reencontrarse. Ambas se divertían mucho, reían y al jugar a las escondidas gritaban muy fuerte.

-¡Ya te vi Valentina!

Al escuchar eso, su abuela salió de inmediato a ver qué pasaba, pero no vio nada. Sólo vio a su nieta muy contenta. Se quedó un rato a observarla. Sonrió y siguió con sus labores.

Dice Jacinta que en la última semana, Valentina le dijo que le tenía que confesar un secreto, pero tenía que ir con ella al árbol de los secretos.

-¿Dónde es eso?- Preguntó.

-Es en donde viste por primera vez mi silueta.

-¿Por qué tenemos que ir ahí?

-Es el lugar donde mis padres guardaban sus tesoros y decían que eran para mi cuando fuera adulta.

-¿Qué tesoros son?- preguntó Jacinta.

-No lo sé. Sólo decían mis padres que eran redondos y brillosos como el sol, pero como yo no puedo disfrutar de eso y tú eres muy buena conmigo. Te mostraré en dónde están y después con tus padres podrás venir a sacarlos. Pero para que puedan gozar del tesoro, tienen que mandarles a realizar misas por doce

meses a diferentes iglesias; para que su alma descanse y puedan marcharse en paz. Vamos, no tengas miedo, no te va a pasar nada ¡Yo te voy a proteger!

Y así fue. Marcharon directo al árbol. Valentina empezó a contarle su historia. Le contó que a sus padres los habían matado.

-Sólo recuerdo que iba mucha gente corriendo, escapando por los montes; entre matorrales y barrancas. Mis padres me llevaban de la mano cuando de repente me soltaron. Vi a mis padres caer. Brotaba mucha sangre de sus cuerpos. Mi mamá todavía alcanzó a decirme que corriera y así lo hice hasta llegar al paredón que está a un lado de tu casa. Tenía mucho miedo, al verme sola trepé al árbol y las balas pasaban rozando. No me fije y caí al vacío; es decir me fui al fondo del pozo y de ahí ya no supe nada. Todo fue oscuridad. Te quisiera pedir un favor: para que yo pueda descansar en paz diles a tus padres que me saquen. Es que ahí está muy oscuro y tengo mucho miedo quiero que me abracen mis padres como solían hacerlo. Me vienen a visitar, pero me dicen que no pueden hacer nada por mí para sacarme y eso me entristece. Ya no quiero vivir en la oscuridad quiero ver la luz ¿Harías eso por mí?

Jacinta todo el tiempo permaneció callada. No sabía qué decir. Se abrazaron, lloraron y le dijo que les iba a decir a sus padres. Se despidieron con un hasta mañana. Jacinta entró a casa de sus padres. La estaban esperando. No les dijo nada ese día. Al siguiente día Valentina le dijo a Jacinta que su tiempo se estaba terminando que ya no volverían a jugar porque sólo había pedido permiso por nueve días para que la rescataran y sólo le quedaban tres días. Jacinta entró corriendo a su casa, llorando sin decir nada. Llegó la noche y toda la familia se fue a dormir. En aquellos tiempos no contaban con energía eléctrica. Alumbraban su casa con velas de sebo. Cuando de repente el papá de Jacinta vio una silueta. Le dio un codazo a su esposa que la despertó y le dijo

-Martha, Martha, voltea. Dime si estás viendo lo que yo veo.

Martha se da la vuelta y ve la misma silueta que los está viendo fijamente y le dice:

-Mami ¿Me abrazas? Papi, dile a mamá que me abrace. Necesito que me abracen, por favor. Denme sus manos, no me suelten. Tengo miedo, estoy sola. En el lugar que vivo es muy oscuro y tengo muchísimo frío.

Martha y su esposo, al escuchar eso, de inmediato se taparon la cara con las cobijas. Por unos instantes, pensando que habían tenido un sueño, cuando se destapan, la niña estaba ahí mirándolos fijamente. Tenía el cabello largo y negro, con una mirada triste. El camisón de repente empezó a moverse de un lado a otro, acompañado de un viento que apagó la vela, lo que ya no les permitió ver, pero si escuchar el llanto de la niña y diciéndoles "¡Sáquenme por favor! Necesito ver la luz para estar con mis padres. Ellos también están preocupados y tristes por mí, necesitamos abrazarnos y descansar en paz".

La pareja de esposos abrazó muy fuerte a su hija hasta lograr conciliar el sueño. Al siguiente día le platicaron a sus padres sobre lo que les había sucedido aquella noche. Jacinta no sabía cómo decirles a sus padres y abuelos acerca del secreto de Valentina y ese día Valentina no llegó a jugar. Era un día menos para salvar a Valentina. Llegó la noche y nuevamente la silueta se les presentó a los padres de Jacinta, suplicando su petición. Al escuchar la súplica de la niña, se armaron de valor y le preguntaron qué tenían que hacer. La niña contestó

-Jacinta lo sabe, pregúntenle-. Y desapareció.

Los angustiados padres no pudieron dormir. Se la pasaron preguntándose qué era eso que sabía Jacinta. Amaneció y decidieron no ir a trabajar por temor a que le pasara algo malo a Jacinta. Desayunaron, hicieron sus labores matutinas y decidieron hablar con Jacinta acerca de la niña. Jacinta les contó todo y fueron por herramientas y un lazo. El abuelo, como era experto en escalar los pozos para hacerles limpieza, decidió bajar. Se protegió tomándose unas cubas con aguardiente y descendió. Así fue como logró rescatar el esqueleto de Valentina. Lo llevaron a

darle sepultura con rezos y cantos, cuando de repente sintieron que alguien los tomó de las manos y los abrazó y les susurró al oído:

-El tesoro es suyo, ocúpenlo. Huyan de aquí. Váyanse lejos porque se vienen muchos enfrentamientos y muertes, despojos de tierras. Envíen a Jacinta al colegio.

-Papá, mamá - dijo Jacinta-. Vean, ya se va Valentina muy feliz con sus padres. Me está diciendo adiós y a lo lejos los está esperando un rayo de luz con muchos colores. Se parece a un arcoíris. ¡Adiós Jacinta! Te quiero mucho.

Y después de estar 10 años separados, logran irse juntos al Mictlán.

Desamparo

Edith Arellano González

Biblioteca #8251 Mariano Sánchez, San Hipólito Chimalpa, Tlaxcala

edithag271@gmail.com

Era una mañana cálida, tranquila, aun olía a hierba mojada por el rocío de la madrugada cuando ellos nacieron; eran cuatro pequeñitos, casi inamovibles, al paso de los días fueron creciendo y abrieron sus ojitos, eran hermosos, solo el más pequeño era un poco diferente. juguetones corrían y olfateaban para conocer el mundo, perseguían mariposas y otros insectos, luchaban entre ellos y rodaban por el pasto, había pasado poco más del mes, cuando fueron separados de su mamá, llevados a distintas casas; pero al más pequeño nadie lo eligió y terminó en un basurero, el dolor de ser alejado de su familia y abandonado fue muy grande, estaba perdido, no conocía nada de este nuevo lugar.

Por las mañanas buscaba algo que comer entre los desechos, se alimentaba de restos de alimentos o papel que oliera a comida, cualquier cosa que calmara su hambre, cuando llegaba la noche buscaba un rinconcito donde no sintiera tanto frío para acurrucarse y tratar de descansar, así pasaba sus días, con hambre, sed, miedo y soledad.

Cuando la gente llegaba a tirar basura él se acercaba buscando una caricia, un poco de alimento, un amigo, un hogar, pero solo recibía gritos, desprecios, insultos y a veces hasta golpes.

Día a día crecía sin entender por qué no lo querían, porque sentía tanto dolor en su alma si su corazón solo estaba lleno de amor y lealtad. Su tristeza también fue creciendo se le reflejaba en sus ojitos llenos de ternura.

Fueron meses de pasar hambre y buscar cariño, de huir del maltrato, su corazón solo anhelaba un hogar, un cariño.

Las tardes empezaron a cambiar, se oscurecía más temprano y se sentían muy frías, por más que buscaba no encontraba un refugio que lo mantuviera caliente, caminaba y caminaba en soledad, con frío, hambre y tristeza deseando que llegara alguien que lo amara.

La falta de alimento y el frío lo fueron debilitando, todos los días la gente caminaba a prisa ignorando su dolor; la primera nevada fue tan intensa que lo cubrió por completo, estaba temblando de frío, la rigidez y el dolor no le permitían moverse, su cuerpo estaba congelado, y cuando creyó que ya no podía soportar más, empezó a sentir el calor de una luz, una luz hermosa, tibia, que lo rodeaba, unos brazos cálidos lo tomaron y acariciaron llevándolo entre nubes a un lugar maravilloso, lleno de perritos que al igual que él fueron abandonados y rechazados, pero ahora viven en amor y armonía, sin tristeza ni dolor.

Los animalitos no merecen ser abandonados ni lastimados, cuídalos.

La biblioteca de los susurros

Mtro. Sergio Arturo Barajas Vélez
Biblioteca Pública Central "Miguel N. Lira"
vochito064@gmail.com

Dicen que toda biblioteca tiene su propio guardián. Algunos son tan antiguos como los libros que cuidan, otros nacen del silencio, y unos pocos... del olvido.

La Biblioteca Pública Central Miguel N. Lira había cerrado sus puertas a las ocho de la noche. Sólo quedaba dentro Lucía, la nueva auxiliar, encargada de revisar los estantes antes de irse. No era supersticiosa, pero aquel día notó algo extraño: el reloj del pasillo principal marcaba las 7:45 sin moverse, aunque su celular mostraba las 8:13. Pensó que tal vez se había descompuesto. Sin embargo, al girarse para salir, escuchó un leve susurro, como el roce de hojas que se abren solas.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, con voz temblorosa.

El eco respondió con otro susurro, casi humano:

—Léeme.

Lucía caminó hacia el fondo, donde descansaban los libros más antiguos. Una lámpara parpadeante iluminaba apenas los lomos gastados. En medio de ellos, un volumen cubierto de polvo sobresalía del estante, abierto por sí mismo. El título era ilegible, solo se distinguía una fecha: 1821. Al tocarlo, un escalofrío le recorrió la espalda. La sala entera pareció cambiar. Las sombras se alargaron y las palabras de los libros empezaron a flotar como mariposas oscuras.

De pronto, la biblioteca ya no estaba vacía. Decenas de figuras translúcidas aparecieron entre los pasillos: niños con uniformes de otra época, mujeres con moños altos, hombres con

sombreros de copa. Todos sostenían libros, todos la miraban en silencio.

—¿Qué... qué quieren? —balbuceó Lucía.

Una de las figuras, una anciana de mirada dulce, avanzó hacia ella y dijo:

—Que los recuerden. Que los lean.

Entonces comprendió. Aquellos eran los lectores olvidados, almas que alguna vez habían amado los libros, pero que fueron cayendo en el desinterés, el ruido, el olvido. Cada espíritu era un fragmento de alguien que había dejado de leer, de imaginar, de soñar. Lucía sintió pena. Pensó en su propia vida: hacía años que no leía por placer, siempre con prisa, siempre sin tiempo. Con valentía, abrió el libro que tenía entre las manos. Las letras temblaron, el aire se volvió cálido y una voz —ya no espectral, sino humana— le susurró:

—Cuando alguien vuelve a leer, uno de nosotros descansa.

Lucía pasó toda la noche leyendo. A cada página, una silueta se desvanecía con una sonrisa. Cuando amaneció, el reloj del pasillo volvió a marcar la hora correcta.

El director la encontró dormida sobre la mesa, con el libro cerrado entre los brazos. A su lado, una nota escrita con letra antigua decía: "Gracias por devolvernos la voz. Que nunca muera la lectura."

Desde aquella noche, Lucía organizó un círculo de lectura en la biblioteca. Los visitantes decían que el aire olía a papel recién abierto, y que en los rincones se escuchaban murmullos felices, como si las páginas susurraran de nuevo. Nadie volvió a ver sombras, pero todos coincidían en una cosa: cuando alguien abría un libro con el corazón dispuesto, algo en el mundo se iluminaba. Porque los libros, pensaba Lucía, no solo guardan historias: también rescatan almas.

Mi herencia

Elizabeth Pérez Maza

Coordinadora de Bibliotecas del Estado de Tlaxcala

Elizabet_eef_@hotmail.com

Cada sábado a las ocho de la mañana, apenas queriendo despertar, escuchaba los pasos de mi papá, pasar de un lado a otro, ¡caer el agua de la regadera y la voz de mi madre diciendo:

-¡Ya está todo listo!

Mi papá salía de bañarse, se apuraba a estar listo, a tomar una taza de café y desayunar. Cada sábado era la misma rutina, ¿pero adonde iba tan temprano con tanta prisa si trabajaba de lunes a viernes? ¿Y el sábado? Sí, en sábado y no nada más sábado también domingo. Mi papá era fotógrafo. Los fines de semana, salía con una mochila y dentro de ella llevaba dos cámaras fotográficas: una de rollo y la otra tomaba fotos instantáneas. ¡Sí, en el mismo momento salía la fotografía!, ¡Wuao! ¡Eso era super increíble!

Yo tenía 12 años. Para mí era algo fabuloso y entonces un día le dije a papá que quería aprender a tomar fotografías como él. En esa ocasión me dijo:

-No puedo llevarte. Eres una niña y yo no puedo estarte cuidando. Tengo que trabajar.

-¡Mmmm! -insistí una y otra vez-. Papi, llévame contigo, te prometo que no te daré lata, lo aseguro.

-No, no puedo cuidarte, te puedes perder.

Cada viernes por la noche insistía:

-Papi, llévame contigo quiero aprender a tomar fotos.

-No hija, no puedo-. Me decía.

-Ya sé que tú no puedes cuidarme- le dije entonces-, pero llévame contigo. Yo me sentaré por las escaleras que están en el atrio de la iglesia. Ahí estaré pendiente y te estaré observando. Y si veo que te alejas, yo corro rápido y te grito: ¡Papi, aquí estoy, no te vayas a olvidar de mí!

Recuerdo que mi papá me vio sonriendo y moviendo la cabeza asintió. Me puse feliz al otro día. A las ocho de la mañana ya estaba despierta y preparándome como él, lista para que no me dejara. Me subí al coche, un Valiant grande, color verde. Yo ya estaba sentada en el asiento del copiloto, lista para empezar la aventura. Desde entonces observaba lo que mi papá hacía. Un sábado había tomado demasiadas fotografías y tenía que entregarlas todas a tiempo así que me acerqué y le dije:

-Papi ¿te ayudo? Ya vi cómo le haces. ¡Puedo hacerlo! Lo hago una vez y si vez que está bien, así le sigo haciendo

-¿Deveras?- me dijo incrédulo. Asintió con la cabeza. Desde entonces pasé a ser parte de su trabajo, secando fotos, poniéndolas en un folder de cartón y entregándolas. Eso era algo maravilloso. Ahora era parte del trabajo de mi papá y así estuve por algún tiempo. Los viernes por la noche él me decía:

-Duerme a buena hora porque mañana nos vamos temprano.

Era muy feliz. Me encantaba; pero ahora tenía que tomar fotos, así que le dije:

-Papi ya enséñame a tomar fotos con la cámara. Ya quiero aprender.

Así que me dio una cámara Olympus (así decía la cámara) y me dijo:

-Esta será tu cámara. Aquí vas a aprender a tomar fotos.

Así que a los 12 años yo ya sabía tomar fotografías. Ahí fue el inicio de un oficio, el cual amo y me fascina hacerlo.

Pasaron los años y hoy, con orgullo, gracias a ese oficio tan hermoso, pude pagar mis estudios. No porque mi padre no lo hiciera, sino que me enseñó a realizar un trabajo que me permitía hacerlo por mí misma y me daba una gran satisfacción. Aun así, teniendo una carrera y un trabajo estable, yo seguía mi rutina de

fin de semana con mi papá. Un día, cuando cenábamos todos en la mesa; mi mamá y mis hermanos platicando y en esas pláticas de distintas cosas, recuerdo cuando mi padre, entre risas, dijo: "Pues cuando yo muera no les dejaré nada. ¡Ja ja ja!". Un hermano decía: "A mí déjame el terreno". Otro pidió el coche; "¡Yo la casa!". Y así cada uno decía algo. Todos reíamos. ¡Cómo recuerdo que él, sonriendo, me preguntó:

-¿Y tú? ¿Tú que vas a querer?

Lo miré y le dije:

-Nada papi. Yo no quiero nada. Cuando te mueras yo sólo quiero tus cámaras (ahora ya cámaras digitales). Esas serán para mí. A ninguno de mis hermanos le gusta tomar fotografías así que mi herencia serán tus cámaras.

Hoy ya hace cinco años que partió mi padre. Pero siempre lo llevo conmigo, aquí, juntito a mí, pues sigo tomando fotografías con esas cámaras que por tantos años ocuparon sus manos. Y hoy, con mucho amor, mis manos cada sábado, cada domingo, siguen tomando fotografías.

Te extraño tanto papi. No hay mejor herencia que la que te deja un padre: La enseñanza del trabajo digno y esfuerzo por ser una mejor persona cada día.

El Tempocatl

Elizabeth Pérez Maza

Coordinadora de Bibliotecas del Estado de Tlaxcala

Elizabet_eef_@hotmail.com

En mi pueblo, llamado San Sebastián Atlahapa, Tlaxcala, existe una laguna. Hace muchos años, mi bisabuela me contaba muchas historias de cómo había nacido la laguna en nuestro pueblo: de la sirena que veían los señores en la laguna; de la serpiente de agua, del charro, de las brujas del nahual y muchas fantasías más.

¡Cómo recuerdo a mi bisabuela Pechi (Petra)! Sentada en el piso sobre un rebozo y frente a ella un bracero y un comal de barro; tostando pepitas y huesitos que ella vendía en la primaria del pueblo. Éramos muchos bisnietos y nos gustaba estar con ella cuando tostaba sus semillas, sentir el calor del comal, y claro, también nos daba semillas para comer.

Igual que cuando hacía tortillas mi abuela María. Ella nos daba una tortilla caliente, saliendo del comal y se mojaba las manos y hacía una bola con la tortilla y le ponía sal. Era delicioso. Aún puedo sentir ese sabor en mi boca. Ellas nos contaban historias del pueblo. Decían que en medio de la laguna existía un pueblo llamado San Juan, pero que quedó bajo el agua de la laguna y que todos los 24 de junio, a las 12 de la noche, cantaba un gallo en el día de San Juan y que se escuchaba cómo repicaban las campanas; justo en el centro de la laguna.

Yo nunca lo escuché, pero eso era lo que decían. A mis primos, a mí y vecinos nos gustaba jugar mucho y en ocasiones nos íbamos a la laguna. Nos gustaba ir por que había muchos árboles frutales de pera, chirimoya y de moras. Las que más nos gustaban; pero hay algo que decir, esos árboles estaban

sembrados en los terrenos que estaban a la orilla de la laguna y todos tenían dueño. Todos los niños de la calle nos reuníamos para ir a cortar moras. La dueña de ese terreno era una viejita. Se llamaba Margarita y le decíamos *la chaparrita*, porque era una viejita chaparrita, chaparrita, con el pelo trenzado, todo blanco como la nieve y siempre traía puesto un babero de cuadros rosados y rojos y en su mano un palo grueso que usaba de bastón. Ella vivía cerca de la laguna y acostumbraba recorrer sus tierras, cuidando sus árboles frutales pues ella los cosechaba y vendía las frutas.

Vivía sola, en su casa, que era una casa de adobe y teja. En su barda de adobe tenía rosas de castilla. Sus rosas eran grandes y blancas y otras rosadas que en mayo florecían muchísimo y desprendían un aroma rico y, nosotros niños que recogíamos flores para llevar a la iglesia a la hora de rezar el rosario y ofrecer flores, íbamos todos a cortarlas. Unos cuidábamos que no saliera *la chaparrita*, porque si ella salía de su casa y nos veía cortando sus rosas ¡Ay! Córrale porque te aventaba piedras.

Un día fuimos a cortar moras a sus terrenos y justo al lado del árbol había un pozo de agua, tapado con unas tablas de madera. Tenías que tener mucho cuidado al cortarlas porque el pozo estaba ahí junto. En esas estábamos cuando de repente, los niños gritaron:

-¡Ahí viene la chaparrita, ahí viene la chaparrita!

Salimos corriendo a toda prisa. Una piedra que aventó, le cayó a mi hermana Vero en la cabeza. ¡La descalabró! Mi hermana empezó a llorar mientras corría y huía. Yo corría junto a ella pero, de repente, mi zapato se atoró en un surco del terreno. No me importó seguir corriendo, sin zapato, pero con mi bolsa de moras. Sentía que el corazón se me salía. Unos corrían, otros lloraban; pero todos salimos con nuestras bolsitas de moras.

Así era nuestra niñez.

Un día empezamos a escuchar que los vecinos decían que había un *Tempocatl* en la laguna. No sabíamos que era eso. Mi bisabuela decía que era un animal que estaba dentro de la laguna y que bramaba como toro todas las noches. En el pueblo

todos comentaban del Tempocatl. A la laguna fueron reporteros y muchas personas de otros pueblos y pasaban horas sentados en el pasto, a la orilla de la laguna, para escuchar al Tempocatl.

Todos los que nos reuníamos a jugar: mis hermanas, mis primos, primas y vecinos, nos pusimos de acuerdo para ir en la noche a la laguna, para saber si era verdad.

Eran como las siete u ocho de la noche. Todos caminábamos en la calle rumbo a la laguna. Reíamos, hacíamos bromas. Llevábamos paletas, caramelos, refrescos, agua; porque íbamos a esperar hasta que escucháramos si era verdad. Nos acompañaban unas tías. Todos caminábamos de prisa, emocionados, pero justo a media calle, antes de llegar a la laguna, todos quedamos pasmados al escuchar el bramido tan fuerte de un toro que se escuchaba desde dentro de la laguna. Quedamos por unos momentos inmóviles. Todos nos veíamos unos a otros. Unos empezaron a gritar, a llorar lo más pequeños. Yo tenía como 8 años en ese tiempo. Mis tías nos tomaron de la mano y corrimos de regreso.

Todo quedó tirado en la calle. Cuando regresamos a la casa de la abuela, contamos lo que habíamos escuchado y decíamos "¡Es verdad, es verdad! Hay un Tempocatl en la laguna". Mucha gente también lo escuchó. Tiempo después comentaban los señores que llegaron hombres rana a la laguna y que del corazón de la laguna sacaron una rana gigante con cabeza de toro y se la llevaron.

Desde entonces nunca se volvió a escuchar el bramido del Tempocatl. Aun así, dicen que si vas de noche a la laguna, debes de tener cuidado, porque el bramido del Tempocatl puede escucharse en cualquier momento.

Los sueños son ecos

Griselda Olvera Vera
Biblioteca Pública Regional de Apizaco 361. Tlaxcala
Grisolvera29@gmail.com

Desde niña me han gustado los sueños agradables. Los que me asustan, los dejo encerrados hasta al fondo del olvido. A veces son persistentes, pero yo los vuelvo a encerrar. Ellos no me dejan ser libre, como las mariposas, volar ir de flor en flor conocer lo desconocido, ver desde las estrellas qué es lo que hay en el más allá. Siempre hago lo posible por hacer lo que me gusta y tengo muchas opciones e ideas que formo en el pensamiento, haciéndolas realidad. Me tengo que esforzar mucho para conseguir esos sueños anhelados, pero no imposibles. A veces siento no poder volar más pero nuevamente encuentro una luz en mi camino que enciende ese yo y me da las fuerzas suficientes para seguir. Miro todo lo que he logrado y me siento muy contenta; ya que me gusta defender a los animales y a las plantas. Son seres vivos que sienten, te acompañan y alimentan. Son parte de mi vida. Cuando veo las cosechas de lo que he sembrado me acuerdo de mi abuelo. Él decía: -La tierra bendita nos da de comer. Si siembras cosechas; si no siembras, pues la tierra te da pasto, pero te da algo. Siempre tengo presentes esas palabras.

Todas las palabras sabias te dejan un eco. A veces, esos ecos te hacen ser mejor persona y los llevas muy presentes en tu existir que te hacen ser una persona productiva. Todo lo que he logrado es gracias a tres ecos que acojo con mucho cariño en mi vida laboral y me han servido mucho y me llenan de satisfacción. Gracias a esos ecos, he hecho mucho. Sí, cuesta, pero con resiliencia pude ver esos sueños ser reales palpables que te llenan

de orgullo. Ver que valió la pena todo lo que tienes que hacer para lograrlo. Platicaré sobre esos sueños reales.

Uno de los ecos fueron las palabras mágicas para mí. Una fórmula que me ha dado resultado y me la apropié desde hace 28 años. La sigo utilizando: una fórmula maravillosa que le vas sumando cada día más y más hasta que te da resultado y la he compartido a otras personas y que tal vez la apliquen o no, pero yo la comparto:

La fórmula que me hizo eco es: una biblioteca es como un tianguis, si no ofreces no vendes. Palabras sabias de la maestra Amparo Tamayo González. Lógico que no vendemos libros, pero ofrecemos actividades utilizando los libros. Esa fórmula me ha servido de mucho. Tanto, que me ha dado un montón de frutos.

Los libros son los mejores aliados. Gracias a ellos, mis sueños se han realizado, contribuyendo en la educación cultural de muchas personas desde niños y que hoy en día todavía me reconocen. Otro de los ecos son las palabras de un maestro llamado Joel, que tuve en la universidad y que son:

-Tienes un trabajo muy privilegiado: te pagan por leer. Otros ya quisieran tener ese trabajo. Que te paguen por leer es algo muy fabuloso. Un día me dije a mí misma: "Tiene razón. Me pagan por leer y no desperdiciaré esta oportunidad de leer y compartir". Eso es lo que hago y me encanta mi trabajo. Leer, leer y leer. ¡Hacer eso me hace muy feliz!

Tercer eco: la tierra bendita nos da de comer. Cuando tuve la oportunidad de hacer gestiones pertinentes para realizar un huerto de hortalizas orgánicas, lo hice. Hoy en día cosechamos zanahoria, betabel, elotes, frijol, tomate, jitomate, chiles, lechuga, brócoli, rábanos, cilantro, manzanilla, hierba buena, acelga, cebolla, nopales, epazote, orégano, tomillo, alfalfa, ajo, pepino, apio, col, menta, chayote, coliflor y espinaca. Lo he llamado *biblihuerto* pues lo tengo en la biblioteca. Los libros nos sirven de guía para realizar esos sueños que nos hacen felices también.

Klp en Bibliotecalandia

Felipe López Morales

Bibliotecario del turno vespertino

en la biblioteca pública regional de Apizaco colección 361

felipelopezmorales1987@gmail.com

Klp ¿Quién es? Klp es, nada más y nada menos, que un niño pequeño de 10 años travieso y curioso, que le gusta visitar bibliotecas siempre que sale de viaje. Esta vez, le tocó salir con sus papás al estado de Tlaxcala. Ellos, por sus negocios, tienden a salir con frecuencia a gran parte de la República Mexicana. Es por eso que Klp se convirtió en un niño muy curioso; y además, le fascina conocer nuevas historias cada vez que sale a conocer una biblioteca. Él, desde muy pequeño, recibió un regalo muy bonito: un libro. Algo que en nuestra actualidad ya pocos lo hacen. Esa vez lo recibió de su abuelo y tal fue su alegría, que todas las noches pedía que se lo leyeran. Conoció la primera biblioteca a los 4 años y de ahí jamás se apartó de ellas.

Todo comenzó llegando a la primera biblioteca. Ahí lo recibió el bibliotecario y lo orientó por ser la primera vez que visitaba una biblioteca. Le explicó el funcionamiento de la biblioteca de manera general y pasó a tomar un lugar en el área infantil que, aunque era un espacio muy reducido, Klp no perdió la oportunidad y tomó el primer libro que encontró a la mano. Ese libro fue el de *Willy el tímido*. Libro que, de alguna forma, le llenaría la cabeza de mucha imaginación y aventuras.

Klp, dentro de su imaginación, se preguntaba: "¿Qué haré hoy?" ¿Y qué creen? ¡Ya tenía algo en mente! Y era leer los libros que más pudiera, ya que el tiempo en esa comunidad sería muy corto. Eso lo impulsó a comenzar inmediatamente. Entre cada página que pasaba, su imaginación trabajaba aún más y ahí comenzó la curiosidad de saber si sólo era el libro de Willy o si había más. y que creen pues no, no era el único, aunque en esa

biblioteca sí. Ese fue un golpe para Klp, que al principio lo desanimó. Pero el bibliotecario le explicó que, por la lejanía de la ciudad, casi no llegaban libros a esa biblioteca y es por eso que lo invitó a que conociera la Biblioteca Pública Regional de Apizaco, colección 361.

Ahí conocería mucha más variedad de libros para niños. Para ese momento, Klp ya tenía una idea y quería saber cuáles eran los libros que Willy tenía para él, y ¡Vaya sorpresa que se llevó! Tal como se lo dijo el bibliotecario, ahí encontraría muchos más. Llegaron a sus manos: *Willy y Hugo*, *Willy el campeón*, *Willy el mago*, *Willy el soñador* y muchos, muchos más.

La misión se había cumplido: conocer el mundo de Willy fue lo mejor. Su imaginación lo llevó a un mundo al que llamaría Bibliotecalandia. Un mundo divertido y especial que encontró desde los primeros libros que leyó y del que ya no saldría.

Su historia continúa con más libros, que encontró al paso de su visita a más bibliotecas de los estados de Oaxaca, Chiapas, Yucatán, Veracruz, Sonora, Monterrey y muchos otros estados de la República Mexicana. Encontró bibliotecas tan pequeñas y tan enormes, donde disfrutaba esos libros que hacían que su imaginación simplemente fuera espectacular.

Después de bastante tiempo recorriendo el país, el destino puso en sus manos nuevamente el libro que su abuelo le había regalado. Ya era triste recibir esa noticia pues su abuelo había fallecido. Pero recordó algo muy importante que su abuelo le decía. "Siempre que leas un libro, vas recordarme, aunque yo ya no esté". Ese dicho se cumplió y Klp volvió a recordar a quien le enseñó el amor por los libros. Su querido abuelo.

Ramón, el pug que no podía sonreír

Daniel Yair Hernández Pérez
B.P. Central Miguel N. Lira N° de Colección 350
danyhp158@gmail.com

Ramón es un perro muy feliz, aunque su cara no lo sepa. Es de talla pequeña, orejas negras y caídas, ojos muy grandes que pareciera que se le saldrán de las cuencas oculares. Tiene una nariz negra y pequeñita que por su forma le hace producir ciertos sonidos que son propios de un camión con freno de motor. Es de color beige, una colita retorcida como la de un cerdito y patitas cortas que, cuando corren, sólo alcanzan una velocidad mínima para cualquier otro perro, con todo esto, él es un perro muy feliz.

Llegó a casa de su familia adoptiva una fría tarde de invierno; temblando de miedo por no lograr comprender lo que sucedía. De inmediato, sus hermanos adoptivos, mayores; que son un par de perros de talla grande y peludos, lo recibieron con tal efusividad que el pobre de Ramoncito se hizo pipí. ¿Ustedes pueden imaginar la impresión de ver por primera vez un par de bestias peludas, que te triplican el tamaño, brincando y ladrando, enseñando sus enormes colmillos? ¡Por supuesto que ustedes también se harían pipí!



Esa noche Ramón durmió al calor de la chimenea que hacía menos inclemente el invierno, dentro de casa aún, sin saber qué le depararía la mañana siguiente. Cuando despertó, enseguida tomó un plato de leche tibia, que remojaba unas croquetas. Aunque su cara no reflejaba felicidad, era notorio que estaba contento, porque daba vueltas, corría de un lado a otro, se tiraba al suelo panza arriba para que le hicieran cosquillas. De a poco, se daba cuenta que había llegado a un hogar que lo amaría mucho. Poco antes de que terminara la mañana, lo presentaron formalmente con sus hermanos mayores como nuevo miembro oficial de la familia. Ramón se volvió otra vez temeroso y se escondía bajo el regazo de su papá humano, ya que nunca en su corta vida había visto a perros tan enormes o por lo menos tan cerca. El papá humano les dijo a los hermanos mayores:

-Él es Ramón, su nuevo hermano. Es más pequeño que ustedes, así que no sean tan bruscos con él cuándo jueguen. Denle un recorrido por toda la casa y muéstrenle los lugares favoritos para tomar la siesta y para tomar el sol.



Los hermanos mayores, a pesar de su tamaño y sus enormes colmillos, lo adoptaron enseguida como uno más de ellos y lo llevaron por todos los alrededores de la casa. Le mostraron dónde podía tomar agua fresca cada que tuviera sed, le enseñaron cuál era el árbol donde podía ladrarle a las ardillas y cuál era el lugar más cómodo para pasar la siesta de medio día, antes de la tarde y después de la tarde. Ramón no tardó mucho en acoplarse a sus nuevos hermanos perrunos y a su familia humana, pues todas las mañanas corría con ellos y les ladraba a

los perros que pasaban frente a la reja, con tanta efusividad que ya creía que tenía el tamaño de los colmillos y el cuerpo de sus hermanos mayores. Aunque no lo eran, sus hermanos nunca lo dejaban solo, pues tenían la valiosa tarea de cuidar la casa en la que él ahora era un guardián más. A las horas de la siesta se acurrucaba con sus hermanos, que más bien los ocupaba de peluches gigantes, pues así no tenía frío y era más cómodo dormir las siestas de sus agotadoras persecuciones a ardillas o ladrándole a los perros que pasaban frente a la reja.

Un día, Ramón se dio cuenta que, aunque era muy feliz, no podía sonreír como lo hacían sus hermanos mayores y no entendía el porqué. Todos en su familia lo amaban y lo consentían, pero por más que lo intentaba, su rostro no podía articular un gesto de felicidad. Eso lo puso tan triste, que dejó de corretear a las ardillas, de tomar las siestas, de ladrarle a los perros que pasaban por la reja de su hogar para que no se acercaran, si no querían recibir su feroz mordida. Sus croquetas apenas las comía. Revolcarse en el pasto pasó a ser algo sin sentido y sólo se limitaba a sentarse a observar los atardeceres y pensar en que su familia no podría amar a un perrito que no podía sonreír.



Sus hermanos, al ver que Ramón ya no era el mismo, decidieron ayudarlo. Le explicaron que no importaba si su rostro no podía expresar que era feliz, siempre y cuando su colita retorcida nunca dejara de moverse. Que ellos y su papá humano lo amaban así como era y que el movimiento de su colita delataba toda la felicidad que lo desbordaba.

Ramón se dio cuenta que con el movimiento de su colita retorcida podía transmitir la felicidad que sentía al correr tras las ardillas, al ladrarle a los perros que pasaban frente a la reja de su hogar, al tomar las siestas usando de osos de peluche a sus hermanos y sobre todo al recibir cosquillas en la barriga por parte de su papá humano, así que a partir de ese día prometió que nunca más volvería a sentirse triste, aunque su cara no supiera como expresarlo.

Las aventuras de la conejita gris

Griselda Olvera Vera
Biblioteca Pública Regional de Apizaco 361. Tlaxcala
Grisolvera29@gmail.com

-¿Vas a ir al rato a dejar la cena?

Le preguntó a la conejita gris, su querido amigo Adrián.

-Sí, voy a ir con mi mamá- respondió.

-Está bien, para que juguemos, saliendo del colegio.

Nos apuramos rápidamente a llegar a casa a hacer nuestros deberes, para que a las seis de la tarde estuviéramos listos, sin que hubiera ningún inconveniente que impidiera no ir a acompañar a nuestras madres llevar la cena a mi papá Antonio y a don Silvestre, papá de mi querido amigo Adrián, que trabajaban muy duro en la fábrica de textiles Zahuapan, ubicada en la ciudad de Tlaxcala.

Para poder llegar, teníamos que tomar un circuito. Era un autobús color naranja muy resistente, que sólo pasaba frente a la iglesia del pueblo de San Lucas Cuauhtelulpan cada hora. Para que no nos dejara, la cena debería estar lista en una bolsa de mandado color azul. Llevábamos la comida caliente. El portero la recibía a las siete de la noche. Él llamaba a los trabajadores por su nombre para entregárselas mientras yo veía por un orificio chiquito si ya venía mi papá a recibir su canasta (así se le decía, aunque en realidad era una bolsa de mandado que contenía su cena). Después de media hora, el portero nos devolvía la canasta. Mientras esperábamos, mi querido amigo Adrián y yo, nos poníamos a jugar a las escondidillas. Nos escondíamos en los arbustos que había fuera de la fábrica, sin irnos lejos de la vista de

nuestras madres. Nos divertíamos mucho. Él me decía de cariño: "¡Ya te vi conejita!" Porque recuerdo que en un festival de primavera en el colegio me disfrazaron de conejita. De lunes a viernes jugábamos en la escuela a la hora de receso y en las noches, a la hora de llevar la cena.

Nos gustaba mucho disfrutar de nuestra amistad, que se basaba en respeto y jugar a las escondidillas, a las correteadas, o con la pelota. Jugábamos a inventar nuestros propios juegos. Si era a la comidita, hacíamos mole con un pedazo de ladrillo, raspándolo uno con otro para que se hiciera polvo; así revolverlo con agua para que se hiciera mole. Con unas astillas de leña simulábamos la carne. Para poder hacer las tortillas, cortábamos hojas del árbol de colorín y con una corcholata las delineábamos para que tuviera la forma redonda. Así es como jugábamos a la comidita. También elaborábamos pasteles de tierra, humedeciéndola. Llenábamos un botecito, lo apretábamos bien, después lo desmoldábamos dando un ligero golpe. Lo decorábamos con florecitas que conseguíamos en el jardín. A veces terminábamos regañados por cortar las flores o ensuciarnos la ropa. Como escaseaba el agua, la tenían que acarrear del manantial. Nuestros hermanos mayores daban de dos a tres viajes diarios en la tarde, ya que bajara el sol, con las castañas, que cargaban en burro. Cada familia tenía un burro para cargar el agua, la alfalfa, el zacate, el abono, hasta el lavadero y la ropa que llevaban a lavar en las zanjas o jagüeyes. También acompañábamos a nuestras madres o hermanas a lavar. Mientras ellas lavaban, nosotros tendíamos la ropa en las jarillas. Aprovechábamos la ocasión para atrapar ajolotes que se reproducían en los charcos de agua. Los metíamos en unas bolsitas alargadas, de donde venían los jugos. Competíamos para ver quien atrapaba más, y ese era el ganador del premio. Teníamos una rica limonada para refrescarnos, ya que hacía mucho calor. Era verano, ya casi terminábamos el ciclo escolar. Estábamos emocionados, porque ya pasaríamos a la primaria, pues íbamos en kínder así se le llamaba en esa época en 1978. Hoy es preescolar.

Teníamos una maestra muy amable. Hablaba con voz dulce. Aún recuerdo su nombre: Eva. Los dos ciclos escolares que cursamos, ella fue nuestra querida maestra. Ya no era tan joven, bueno yo aun así la recuerdo. Nos enseñó muchas canciones infantiles: Pin pón es un muñeco, Güitsi araña, Las gotas de lluvia, Un elefante se columpiaba. Aprendimos a colorear, hacer trabajos manuales. Todos los compañeritos jugábamos en el patio al lobo; corríamos y nos divertíamos mucho. Ayudábamos a la maestra a limpiar el salón y a barrer el patio. Como no pasaba el carro de basura como hoy en día, tirábamos la basura orgánica en un hoyo en el jardín. Al terminar la clase, a las doce, cantábamos una canción para despedirnos.

Pasaron rápidamente las vacaciones de verano. Mi querido amigo Adrián y yo estábamos entusiasmados, pues ya entraríamos a primero de primaria, que se llama Paz y Progreso. Sólo tenía el turno matutino. Hoy tiene ya dos turnos.

Nuestros hermanos mayores ya iban a primaria. Queríamos ser como ellos, leer y escribir para poder hacer nuestra carta a los reyes magos. Pedíamos nuestros juguetes preferidos, juegos de té, pelotas, carritos, muñecas; pero teníamos que portarnos bien. Obedecer, hacer nuestros deberes y respetar a nuestros mayores hablándoles de usted. Como no sabíamos escribir, ellos nos hacían la carta. Ya sólo le dibujábamos lo que queríamos. Le dábamos la carta en su respectivo sobre a nuestros padres para que la llevaran al correo. Por la noche anterior, a la llegada de los reyes, nos íbamos a dormir pronto y entusiasmados, no sin antes poner nuestro zapato en la ventana. Ahí nos dejaban los reyes magos nuestros juguetes. Al otro día, nos despertábamos temprano para ir de prisa a ver qué nos habían traído y nos poníamos a jugar todo el día. Nos gustaba tanto jugar que nos olvidábamos hasta de comer.

La conejita Gris comenzó a estudiar el primero de primaria. entraba a las nueve de la mañana, la salida era a las dos de la tarde. La escuela era muy bonita, con una cancha y un patio de tierra, de barda. Muchos pinos grandes donde nos columpiábamos a la hora de recreo, también cortábamos sus

hojas para adornar el salón cuando era navidad, pues no vendían tantos adornos. A falta de ellos, los realizábamos con materiales que conseguíamos del campo. Lo importante era adornar el salón de clases. En ese salón aprendí a leer y a escribir con mi profesor Román.

Me fue un poco complicado. Hasta segundo año ya supe bien leer sin deletrear. Se siente muy bonito saber leer. Estuve feliz, muy feliz, cuando lo logré. Me gustaba mucho cuando nos daban los libros de texto gratuito para que los forráramos sólo con periódico. Yo me ponía a hojearlos todos para ver qué es lo que contenían. Mi lección favorita: adivinanzas, rimas, canciones, no me cansaba de leerlos.

Hoy, la conejita Gris tiene la gran fortuna de estar entre muchos libros de todos los géneros, pues trabaja en una biblioteca pública desde hace veintiocho años y es muy feliz aprendiendo y compartiendo las lecturas. Sólo que le falta su gran y querido amigo Adrián.

Cosas del destino: salió de paseo en bicicleta y de ese paseo no volvió nunca más. Se convirtió en un ángel.

Ya no pudo entrar a primaria.

Y si no tengo un perfecto esmalte en las uñas, ¿qué?

Karla Alin Arciniega Jiménez

Biblioteca "Miguel N. Lira" con Número de Colección 350

kar_arcini28@hotmail.com

En la ciudad del pan y maíz, uno de esos días donde el bullicio, la rapidez y el hastío estaban a tope, se encontraba una mujer llamada Milena.

Milena era como muchas otras mujeres: fuerte, incansable, tenaz y con un corazón que latía al ritmo de mil preocupaciones y responsabilidades. Cada domingo por la mañana, se sentaba en su sala soleada y se pintaba las uñas, con la esperanza de que le duraran impecables por lo menos tres días. El tono del esmalte que ocupaba era rojo brillante, como si fueran pétalos de rosas recién abiertos. "Hoy seré impecable", se decía a sí misma, admirando el color vibrante que reflejaba su espíritu alegre.

Pero el lunes llegaba como un torbellino. Milena se levantaba al amanecer para preparar el desayuno de su familia. Mientras preparaba el plato con cereal para los pequeños y lavaba los platos sucios de la cena anterior, el agua caliente y el jabón comenzaban a deteriorar el esmalte. "Las tareas de la casa nunca terminan, pero igual puedo. Siempre puedo", murmuraba para sí misma y seguía adelante con una sonrisa, porque sabía que un hogar limpio y cálido era el refugio de ella y sus seres queridos.

Después de toda la rutina de la mañana en casa, salía corriendo a dejar a los niños a la escuela; de ahí al trabajo en la oficina, donde atendía a personas exigentes, organizaba actividades, entregaba oficios, asistía a eventos. Al tiempo que

hacía todo esto pensaba "El trabajo me da independencia; además hago lo que más amo. No puedo quejarme del horario o de las personas con las que trabajo". También pensaba que los problemas eran parte de todos los ámbitos y contextos.

Más tarde recogía a sus hijos de la escuela y ya en casa:

-¡Mamá, ayúdame con la tarea de matemáticas!- le pedía el pequeño, mientras la niña insistía:

-¡Y con mi proyecto de geografía!

Milena se sentaba con ellos en la mesa de la cocina, guiándolos paso a paso, corrigiendo errores y animándolos. Sus dedos y uñas, ahora manchadas de lápiz, pintura y pegamento, perdían más esmalte con cada página volteada. Pero eso no importaba, porque sabía que, al apoyar con la tarea, estaba modelando el futuro de sus hijos.

Por la tarde preparaba la cena, lavaba la ropa sucia, alistaba uniformes y mochilas del siguiente día. Bañaba a los niños, les leía cuentos, les cantaba y los dormía. Terminaba con las ocupaciones del día y, si quedaba un soplo de energía, se ponía a revisar asuntos personales: agendar la cita para el corte de cabello, revisar los gastos que había hecho de su semana... En suma, revisar esas necesidades invisibles de todas las mujeres comunes.

Esto era todos los días. La misma rutina, el mismo cansancio. El ánimo que ella solita se gritaba todos los días.

Una mañana en el trabajo, bajó a la oficina de Milena uno de los tantos compañeros, para entregar un oficio de actividades. Ella apurada al recibirlo leía y firmaba. Mientras lo hacía, observó que él miraba sus uñas. El esmalte ya no era perfecto. Estaba astillado, agrietado como un mapa, de todas las batallas ganadas.

-¡Milena, qué uñas tienes! No te ofendas, pero tus uñas y tu aspecto personal hablan de tu personalidad.

Se produjo un silencio incómodo. Ella sólo agradeció el maldito comentario, pero dentro de sí pensaba en este imbécil y en la acotación que emitió sin siquiera saber que las uñas mal pintadas de Milena no eran un defecto, sino todo lo contrario.

Cada uña mal pintada era una medalla de honor. Cada línea mal pintada era una prueba de su amor por la casa que mantenía, por el trabajo que le enorgullecía, por los hijos que educaba, por el esposo que cuidaba y por la sociedad que sostenía. Sin estas tareas, ¿quién sería Milena? Una mujer con uñas perfectas, pero con un corazón vacío. "Claro que quiero tiempo para ser la mujer impecable", pensó. Pero en esta sociedad, marcada por el trabajo que han impuesto a las tareas que como mujeres debemos sostener y cargar todos los días era demasiado difícil.

Desde ese día, Milena veía sus uñas despintadas no como un descuido, sino como un símbolo de su fuerza y trabajo invisible pero también invencible, que todas las mujeres llevamos a diario. Con sus manos marcadas por la vida, por el trabajo, por las tareas, por el amor que se entrega a cada actividad realizada. Así que siguió pintándolas cada domingo, sabiendo que la verdadera belleza no está en la perfección, sino en el esfuerzo que nadie, absolutamente nadie ve.

Las aventuras de la oruga “peluchito”

Leticia Gómez Corona
Biblioteca Pública Central “Miguel N. Lira” no. 350.
lafemmetishaa@gmail.com

¡Hola! Me llamo peluchito. Vivo en un árbol de capulín con muchos como yo. Soy un azotador. ¡Azotador! Como si tuviera brazos, manos y un látigo. ¡Vaya nombrecito que nos pusieron!

Algunos me llaman chinaguate. En realidad, soy una oruga y en unas cuatro semanas me convertiré en mariposa. Espero que sea muy hermosa, porque ahora mi apariencia causa precaución. ¡Ja, ja, ja!

Soy de color verde alegre con negro. Muy combinadito, para camuflarme con las ramas de los árboles. Muchos pelos cubren mi cuerpo y si los tocas no te la acabas. Esos pelos son para defenderme de depredadores. ¡Creo que luzco muy apantallante!

Hoy me levanté, peiné mi cuerpecito y planeé una travesura. Invité a algunos “cuates” pero creo que son raros, nadie quiso venir. Allá ellos. La vida de oruga es muy corta como para no divertirse.

Cuando mi metamorfosis a mariposa se lleve a cabo, empezará mi labor ecológica. Como las abejas, transportaré y polinizaré entre las flores, para que las plantas se reproduzcan y produzcan frutas y semillas. ¡Uf, mucho trabajo!

¡Silencio! Ya viene la encargada de la biblioteca del pueblo. Siempre se para bajo la sombra del capulín a esperar su transporte. Esta vez pienso lanzarme sobre su gorro para que me lleve a pasear y conocer donde vive. Se está acercando. Voy a lanzarme. ¡Ya está! Caí exactamente en su gorro.

¡Ay! Espera. ¿Qué haces? ¡Me Lastimas! ¡Me zangoloteas!
¡Me vas a matar! ¡Vas a ver!

La canija sintió cuando caí en su gorro. Alzó su mano para sentir qué había sido. Me quedé pegado en su manga. Me vio con horror. Me agitó para despegarme y, en lugar de caer, azoté literalmente en el dorso de su mano. ¡Qué bárbara!

¡Uy, le están saliendo muchas bolotas rojas y se agarra la mano! Parece como si le quemara algo. Todo eso hacen mis "pelos", lo sabía; pero no lo había visto en vivo y a todo color. ¡Qué horror! Pobre.

¡Epa! ¿Qué sucede? Un hombre que pasaba en bici y vio la desesperación de la mujer, me está jalando con una ramita para quitarme de su manga y le está diciendo

-¿Qué no ve que el árbol tiene plaga de azotadores? Ahora le dolerá mucho, como quemada y le dará temperatura. Ojalá no sea alérgica, si no, hasta el hospital va a ir a dar.

Llegó su combi. Se fue y se me "aguó" el plan. El hombre, que era un campesino sabedor y respetuoso de la naturaleza, me puso en una rama para que pueda llegar a mi metamorfosis.

Mejor ya no haré travesuras extremas. En una de esas, me encuentro otra persona nerviosa y hasta me pisa; y yo quiero pasear. Mejor me espero a ser mariposa para hacerlo.

Feliz en navidad

Rosalía Nalleli Pérez Estrada
Universidad Politécnica de Tlaxcala
rosalia_na@hotmail.com

Solitario y meditabundo, Roberto se sentó a saborear su cena de media noche ese 24 de diciembre, en su pequeña oficina de 2 por 2, mientras, con beneplácito y ojos llenos de ilusión, veía las luces que iluminaban el cielo y la lluvia de colores de los juegos pirotécnicos a la distancia.

A lo lejos escuchaba el sonido característico de los silbatos de la navidad y miraba a la gente caminar apresurada entre las calles como si fuera medio día. Todos en algarabía, reían e iban en grupos, ilusionados por su reunión familiar mientras llevaban regalos o comida entre sus brazos.

Él, abandonado pero feliz, en su uniforme azul habitual, los veía pasar; sabiendo que esa noche -al igual que muchas otras- no dormiría, ni platicaría con nadie. Pero esta vez, estaría acompañado de risas a la distancia, de cantos, gritos y hasta de peleas surgidas después de las 2 de la mañana.

A algunas cuadras de ahí, se podían escuchar estruendosas carcajadas de hombres ebrios de alcohol o de felicidad, que zigzagueaban abrazados en las calles sin bachear, y tropezando con los adoquines desgastados. También pudo ver a un viejo alto, flaco y encorvado, con sombrero inclinado y un pañuelo rojo alrededor de su cuello, con gabardina de moda del siglo pasado y una bolsa de pan en la mano, caminando solo, arrastrando un pie, que ilusionado, cantaba tangos. Pudo observar al vagabundo de todas las noches, pasar frente a la reja de su oficina y hasta su nariz llegó su característico olor agrio, con

bolsas llenas de basura, buscando algo más qué comer en ese día tan especial. Ninguna de esas situaciones le entristecía en esta ocasión, pues todos ellos, acompañados o solos, con comida o hambrientos, tenían mucho por disfrutar, porque era navidad.

Muchos otros que ya se habían ido de este mundo, no podrían nunca más disfrutar del olor a buñuelos de la abuela; ni podrían probar el pavo relleno o los romeritos tradicionales mexicanos. Ni mucho menos saborearían un trozo de pierna al horno, de un cabrito asado a las brasas o de algún lechoncito recién horneado. Olvidarían para siempre la ensalada de manzana. No tronarían más nueces ni garapiñados. No podrían ya más volver a romper la tradicional piñata, aventarse a robar los dulces cayendo, mientras con gritos manifestaban su alegría por los dulces robados en la caída. Tampoco podrían jamás darse el abrazo caluroso de noche buena, ni expresar sus buenos deseos a nadie más, ni sentirían más el calor amado de quien abraza por siempre, con ese lazo energético de un padre o de una madre que te llena de paz cuando lo recibes, y que te deja un vacío inmenso, cuando nunca más lo vuelves a sentir, porque forma parte del pasado. Gente que se queda en un retrato como único recuerdo. Retratos que sólo traen más vacío, al darte cuenta que eso es lo que en realidad dejas después de haber amado demasiado.

Mientras veía las luces a lo lejos, pensó también en aquellos que se habían ido, después de haber sucumbido al feroz virus que los había arrebatado de la tierra, dejando atrás trastes, joyas, zapatos, ropa lujosa, vinos, o grandes propiedades y quizás algunos, también cuentas de banco repletas. Ellos se habían ido al recuerdo eterno. Seguramente también estaban aquellos que por carencias no pudieron acudir a un doctor y habían dejado una estela de tristeza, de abandono y resentimiento por no haber triunfado en sus intentos de seguir avanzando. Ellos ya no estaban en ese momento, -pensó Roberto-. No podían oler más el olor de las amapolas prohibidas del campo mal cuidado, por la autoridad municipal ciega, al preocuparse más por el tonto delincuente huidizo, que por lo que se sembraba en la tierra. No podrían cantar

el burrito sabanero nuevamente, ni las clásicas canciones navideñas características de cada año.

Esta misma mañana del 24 de diciembre, él -lleno de emoción- se había levantado como de costumbre, pero esta vez había bebido un rico ponche mexicano, con su manzana, caña de azúcar, tejocote, guayaba, miel, ciruela pasa, canela y piloncillo. Había saboreado el exquisito agrí dulce combinado de las frutas. Mientras este sabor recorría su boca y pasaba por debajo de su lengua, lo había hecho sentir el asombroso sabor de la vida. En ese subir y bajar que tienen los buenos y malos momentos, cuando se ríe y se llora a la vez, acompañado.

Un año más de celebrar la navidad y de esperar un año nuevo. Pero ahora, con la conciencia de que había más de cinco millones de muertes en el mundo reportadas a consecuencia del COVID-19, eso le indicaba que hoy, en su trabajo solitario y riesgoso de policía y velador, tendría que ir a trabajar honestamente como siempre, agradecido con la vida por el olor a muérdago cercano y por poder saludar a los que trabajaban en el turno de veinticuatro por veinticuatro, todos los días, a su lado. Emocionado y feliz por un nuevo año que venía, volteaba a ver al cielo lleno de luces de colores y estrellado, y a la vez observaba las nubes que lejanas se formaban. Con la mano en el bolsillo, en alerta siempre, tocando un arma que esperaba nunca usar, esperanzado. Con el año nuevo, ese mal momento del virus, de la influenza, de la rabia y de la gente mala, se volvieran pronto – también- un asunto del pasado.

La casita verde

Lic. Eva Mixcoatl Antonio,
biblioteca de la comunidad de San Tadeo Huilopan,
Numero de Colección 796.
evayandri83@gmail.com

En un pequeño pueblo rodeado de montañas, crecían árboles que parecían susurrar secretos al viento. Flores en aquel campo verde, donde Don Anselmo sembraba con tanta tranquilidad su maíz. En ese lugar, se levantaba una pequeña casita pintada de verde brillante. No era grande ni lujosa, pero tenía algo que ninguna otra casa poseía: estaba llena de risas, sueños y aventuras. Allí vivía una familia muy feliz, con tres niños y dos niñas hermosas, que parecían tener el don de convertir cualquier día en una fiesta.

Cada tarde, los cinco niños transformaban el jardín en un universo infinito. Con ramas hacían espadas, con piedras del río inventaban tesoros, y con su risa despertaban dragones dormidos en las nubes. No necesitaban nada más que su imaginación para viajar a mundos lejanos, luchar contra monstruos invisibles y descubrir tesoros escondidos bajo las flores. Aparte de jugar, se comían la fruta de los árboles: duraznos muy dulces con su aroma fresco, las peras jugosas que escurrían entre sus dedos sucios de tierra por jugar, el árbol de zapote blanco cuya suavidad y dulzura se siente en el paladar.

La casita verde se iluminaba con cada juego. Sus paredes parecían escuchar y guardar las historias, y su techo se volvía un cielo protector que abrazaba las aventuras.

Pancho, el mayor, siempre inventaba historias de héroes y dirigía las aventuras. Simona, la segunda, tenía una imaginación

tan grande que podía transformar una rama en una varita mágica. Jimmy, el tercero, era travieso y veloz, como si tuviera el poder de correr más rápido que el viento. Vivi, la cuarta, era dulce y creativa. Con unas hojas y piedras podía construir castillos invisibles. Vid, el más pequeño, tenía la sonrisa que iluminaba la casita verde como si fuera un sol.

En aquellos tiempos no existía el internet ni los videojuegos, pero eso no importaba. Los niños inventaban mundos fantásticos en el patio, donde las piedras eran dragones dormidos, los árboles se convertían en torres mágicas y las nubes eran barcos que navegaban por el cielo. Cada tarde, después de ayudar en casa, se reunían bajo el gran árbol de Zapote. Allí jugaban a que tenían súper poderes: Pancho podía volar con su capa hecha de sábanas viejas, Simona controlaba la lluvia con un balde de agua; Jimmy se volvía invisible cuando se escondía detrás de la puerta, Viví hablaba con los animales, que parecían entenderla de verdad. Vid, el más pequeño, tenía el poder de hacer reír a todos, incluso en los días nublados.

El tiempo pasó, y los niños crecieron. Sus pasos los llevaron por caminos distintos, pero cada uno llevaba en el corazón la chispa de aquella infancia. Cuando recordaban la casita verde, sentían que aún podían regresar a ese lugar donde la magia nunca se apagaba.

Porque en esa casita color verde habían aprendido la lección más importante: la verdadera magia está en la imaginación y en la alegría de compartirla con quienes amas.

Las sombras de la biblioteca

Lic. Eva Mixcoatl Antonio,
biblioteca de la comunidad de San Tadeo Huiloapan,
Numero de Colección 796.
evayandri83@gmail.com

Clara era tímida, callada y sin trabajo. Su vida transcurría en tonos grises, sin alegría ni rumbo. Por azares del destino, consiguió empleo como bibliotecaria. Su jefe, un hombre alto y gordo, de voz áspera y olor a cigarrillo, la recibió con un gesto severo.

-Te vas a la biblioteca 796 -le dijo con brusquedad-. Debes ponerla en orden.

Clara lo siguió hasta aquel lugar. Al abrir la puerta, un aire pesado y húmedo salió de golpe. Los estantes estaban revueltos, las ventanas cubiertas de telarañas, la luz apenas se filtraba. Un ratón cruzó veloz entre los pasillos y el olor a moho impregnó el ambiente.

-Este es tu centro de trabajo-. Sentenció el jefe antes de marcharse.

El primer día fue aterrador. En el área infantil se escuchaban ruidos extraños: los libros caían sin motivo, la puerta rechinaba y se azotaba sola. Clara sentía la piel erizarse, y cuando se asomaba, no había nadie. Sin embargo, poco a poco comenzó a limpiar. Quitó el polvo de los estantes, abrió las ventanas y dejó que la luz inundara el lugar. Los ratones desaparecieron y, al ordenar los libros, descubrió títulos

mágicos y olvidados: cuentos de dragones, viajes a mundos fantásticos, poemas que parecían susurrar secretos.

Cada día, Clara se sumergía más en aquellas páginas. La biblioteca, antes oscura y temida, se transformó en un refugio luminoso. Los ruidos dejaron de asustarla, pues comprendió que eran las historias mismas que pedían ser leídas. Así, la señorita tímida encontró en la biblioteca no sólo un trabajo, sino un hogar. Entre los libros descubrió la alegría que le faltaba, y aprendió que incluso los lugares más sombríos pueden esconder maravillas, si alguien se atreve a abrir la primera página.

Mensaje:

"A veces, los lugares más oscuros esconden la luz más brillante; sólo hay que atreverse a abrir la primera página."

Rosita y el pastel de lodo

Lic. Eva Mixcoatl Antonio,
biblioteca de la comunidad de San Tadeo Huiloapan,
Numero de Colección 796.
evayandri83@gmail.com

Rosita se peleó con su hermano menor, David. Y para colmo, lo hizo en la víspera del cumpleaños de él. Todo comenzó cuando él, con el ceño fruncido y la voz enojada, le dijo: ¡Tú no vas a jugar conmigo porque no me ayudaste a hacer el pastel para mi fiesta!

Rosita, herida por aquellas palabras, sintió cómo la rabia le quemaba el corazón. En un arranque de enojo, corrió hacia el pastel de lodo que David había preparado con tanta ilusión y lo destruyó con sus manos. David se quedó mirando, sorprendido y triste.

Al día siguiente, Rosita no asistió a la fiesta de su hermano. Se encerró en su cuarto. Desde ahí escuchó partes de la fiesta. La canción de las mañanitas que cantaron a coro los invitados. Por más que le fueron a tocar varias veces para que se uniera a la fiesta, ella se negó. Así, entre sollozos escondidos, comprendió lo que había hecho. El enojo la había cegado, y ahora se sentía sola y vacía. Pero ¿Cómo aparecerse así nomás, después de lo que había hecho? Lloraba sin que nadie la viera, porque sabía que había perdido un momento único: compartir la alegría de su hermano menor. Se sintió aprisionada por sus mismas acciones y por la vergüenza. Y entonces se sintió más triste.

Mas he aquí que la tristeza le enseñó una lección: la ira destruye el alma y apaga el amor verdadero que une a los hermanos. Rosita entendió que los gestos de enojo dejan cicatrices, pero también, que el perdón puede sanar.

A la mañana siguiente, después de una noche tormentosa, con el corazón arrepentido, buscó a David. Fue hasta su cuarto, abrió lentamente la puerta y lo vio ahí, acostado en su cama de colcha de carritos. Todas sus emociones se desbordaron y corrió a su lado. David despertó, sorprendido por ver a su hermana junto a él. Ella lo abrazó fuerte y le dijo:

-Perdóname, hermanito. No quiero que la rabia nos separe.

David, con la inocencia de los niños, sonrió y respondió:

-Está bien, Rosita. No te preocupes. Simplemente hagamos otro pastel. ¡Pero esta vez juntos!

Y así, entre risas y manos llenas de tierra, construyeron un nuevo pastel de lodo. No era perfecto, pero estaba hecho con amor, y eso lo convirtió en el mejor pastel del mundo.

Mensaje:

Este cuento deja un mensaje claro: los hermanos pueden pelear, pero el amor siempre encuentra la manera de unirlos de nuevo.

Sueños de eternidad

Rosalía Nalleli Pérez Estrada
Universidad Politécnica de Tlaxcala
rosalia_na@hotmail.com
rosalianalleli.perez@uptlax.edu.mx

Los pastos verdes de primavera y los grandes estanques llenos de peces traían la paz infinita de aquel color que ayuda a disfrutar la vida. Sin embargo, esa tarde, cuando Rose vio la foto de su madre en el aniversario de pesca, la recordó todavía viva a sus 73 años, con una sonrisa de amor, pero con sufrimientos internos que restaban tranquilidad a su hermoso rostro.

La colorida foto había sido tomada en semana santa, fecha religiosa que, para muchos mexicanos, todavía es muy importante, porque rezan en un templo, no comen carne y no pelean, entre días de colores que anuncian el cambio y la esperanza del renacimiento. El color morado inunda los paisajes, incluso en las jacarandas que dan sombra, y maravillan al extranjero; mientras alrededor se come pescado para no pecar; acción que retumba en los oídos de los mejor educados, que se insertan de manera exitosa en una demandante sociedad.

¡Cuántas veces había Rose celebrado con su madre esa tradición religiosa y había ido en procesión entre las calles de su pueblo, pequeño y gris, herencia de sus ancestros ignorantes, que obedecían ciegamente a quien adoraban como líder! ¡Cuántas veces más, había visto Rose a su madre, sumirse en su religión, intentando dejar de sufrir y salir de esa melancolía, para olvidar el abandono y maltrato de quienes la rodeaban! Llenos de egoísmo y carentes de valores junto con su soledad -poco reconocida por sí misma-, y porque sin darse cuenta había permitido que sus locos

pensamientos se apoderaran de su mente y abatida por una gran esperanza que le hacía esperar demasiado de los demás; producto de una cultura llena de tradiciones, que impone consumo también, en muchas poblaciones a nivel mundial.

Si ella hubiese sabido que pensar demasiado lleva a la locura y se hermana del sufrimiento, quizás hubiese dejado de hacerlo, para ser más feliz. El manejo del auto conocimiento y el reconocimiento de las emociones le hubiesen evitado tomarse las cosas con mucha seriedad y sufrir por un mundo inexistente, creado sólo en su mente y que ahí mismo, podía desaparecer.

Además, su pasado familiar contribuía demasiado a sus más grandes penas. Una mujer nacida a inicios del siglo XX, en un México machista, con costumbres arraigadas del siglo XIX, totalmente desprotegido por las economías mundiales y explotado por el poder, lleno de carencias educativas, con gente que sólo tenía estudios primarios; en aquel pueblito pequeño sostenido por una economía de productos del campo, del comercio de cebollas, cilantros, rábanos, flores, nopales, pápalo y perejil, y en el que había un habitante con profesión por cada mil; donde las cuestiones del modernismo llegaban muy atrasadas, en calles llenas de perros sin dueño, sin pavimento, sin drenaje o aceras, ni teléfono, cable y muchos menos internet. Para nada se vislumbraba la globalización, que hoy se vive con un poco más de conciencia.

Ella decidió compartir su tiempo con su casa, hijos y trabajo para poder dar a su familia una mejor oportunidad de vida y de estudio. ¡Ay! ¡Pobre madre de Rose! Si hubiese sabido que todo era una perturbación pasajera impuesta; hubiese dejado de pensar demasiado, para disfrutar más de los maravillosos años que tenía por vivir. Podía haber esperado menos de los demás, para aprender a darse más tiempo y amor a sí misma, su semblante hubiese cambiado y hubiese tenido un corazón menos triste antes de partir para siempre de lo terrenal.

Hoy Rose la contemplaba con amor y nostalgia, en aquella fotografía, mientras recordaba el amado rostro sereno de su hermosa madre que, guardado en aquel féretro color madera,

con las manos entrecruzadas, mostraba paz finalmente porque su mente ya no pensaba más, porque ya no tenía que complacer a nadie más, ni tendría que esperar que alguien le reconociera su esfuerzo.

Recordó que casi a punto de partir al cementerio, en ese estuche-cuerpo que probablemente todavía albergara su alma y su espíritu, mientras sus arrugas de la frente reflejaban sus grandes dolores del que vive en el sueño de la eternidad, Rose veía que cuatro personas la cargaban y la alejaban de su amado hogar, dejando todas sus pertenencias atrás y yendo con las manos vacías hacia un destino sin vuelta consciente, que trae consigo la muerte y la esperanza eterna del que muere, pensando que algún día regresará, como le prometieron quienes le enseñaron su religión, como lo rezó en cada semana santa, como lo esperó con la llegada del invierno. ¡Si tan solo ella hubiese sabido que su vida sería un suspiro en la eternidad! Podría haber disfrutado más la naturaleza. Se habría preocupado menos por el trabajo y su huella en el checador y habría viajado más con la maleta vacía y con el corazón vivo, completamente abierto a la aventura.

Ese día, con la foto, Rose recordó también que mientras caminaba, hacia el cementerio, escuchó un susurro que le decía: "Estoy bien. No te preocupes. Por fin he entendido que vine para tenerte y darte mi vida. Te he cuidado porque he sido tu ángel de la guarda. Pero hoy debes aprender a cuidar de ti misma. Por favor, no me olvides. Llévame en tu corazón por siempre. Nací para tenerte y hoy he cumplido mi misión".

Rose pegó la foto en su regazo y empezó a orar como lo hizo en el pasado. Con lágrimas en los ojos, Rose supo que ella, por fin, estaba en paz.

La talla exacta del amor

Maura Minerva Rodríguez Escobedo
Biblioteca Pública "Sor Juana Inés de la Cruz" No. Col. 6833
Santiago Tlacoachcalco, Tepeyanco, Tlaxcala.
Mauri2165@hotmail.com

No lo estaba buscando. Entré solo a mirar, como quien se detiene frente a un aparador sin intención de comprar nada. Entonces los vi, estaban ahí, alineados nuevos, impecables, brillando bajo una luz que los hacía destacar de todos. No eran unos zapatos ordinarios, tenían presencia, firmeza y al mismo tiempo se notaban suaves, prometían ser cómodos.

Juraría que me guiñaron el ojo, que me decían llévame contigo, no de forma evidente, sino con ese gesto sutil que reconoce aquel que está dispuesto a sentir. En ese instante supe que no era una coincidencia, algo en ellos llamó mi atención, me invitaban a acercarme, a imaginar caminos, a pensar que quizá estaban hechos para acompañar mis pasos, aunque aún no lo supiera.

Volví a mirarlos como quien vuelve la vista a lo desconocido con cierta curiosidad, permanecían quietos, hermosos y relucientes, como si supieran que no necesitaban moverse para ser notados. Yo, en cambio, dudaba; caminé unos pasos, fingí interés en los zapatos de otros aparadores, pero el reflejo del vidrio me los devolvía intactos, presentes, esperando. Había algo en ellos que imponían originalidad, no pedían ser tomados a la ligera ni prometían comodidad inmediata. Eran hermosos, sí, pero también parecían exigir compromiso, tiempo, cuidado. Pensé en todo lo que implicaría elegirlos: los lugares a donde iríamos juntos, el tiempo por compartir; el desgaste

inevitable; las marcas que el uso deja incluso en lo que más se ama; cuanto durarían. En fin; evitaba a toda costa prescindir de ellos. Aun así, seguían ahí, brillantes, intactos, confortables y hermosos. Yo todavía no sabía si estaba lista o quería probarlos, ni si mis pasos serían merecedores de pisarlos. Me limité a contemplarlos un momento más, prolongando ese silencio lleno de posibilidades, porque a veces el deseo no necesita tocar para existir; basta con saber que algo nos espera. A veces no se trata de saber si estás lista, sino de atreverse. Esa idea llegó suave a mi cabeza, sin la carga de la preocupación por los pasos ni por los caminos que recorrería con ellos. Me acerqué de nuevo al aparador y, esta vez, con una curiosidad serena, casi agradecida, los vi tal como eran: nuevos, luminosos, suaves, abiertos a la posibilidad de caminar ligera a su lado. Pensé que ningún camino se elige con la garantía de no desgastarse, y que precisamente ahí reside su belleza. Comprendí que el brillo inicial no es una promesa de eternidad, sino una invitación a caminar juntos, mientras dure el trayecto. Sonreí ante ese pensamiento, porque por primera vez la idea del futuro no me pesó; al contrario, me dio calma.

Entonces decidí probármelos, no como quien se prueba esos zapatos porque estén nuevos y brillantes, sino como quien confía y tiene la seguridad de que con ellos recorrerá grandes distancias y llegará muy lejos. En este encuentro casual sabía que estos zapatos que atraparon mi atención me brindaban la confianza de que la esperanza sería más fuerte que el miedo a caminar más allá de lo desconocido. Me incliné, despacio, sabiendo que este primer contacto ya era, en sí mismo, el comienzo del camino.

Desde ese día, los amo y cuido mucho, con admiración, respeto y cariño que me nace del corazón y que nadie puede entender. Los guardo y conservo con devoción. Para mí no son unos simples zapatos; son el símbolo de lo que merezco, del valor que tengo y de la libertad que siento cuando camino con ellos. Cada paso que doy me recuerda, que no todo en la vida es ordinario, y que lo que realmente se ama merece respeto,

paciencia y dedicación. Con ellos he caminado sin miedo a nada, explorando lugares que antes solo existían en mi imaginación; cada paso es un descubrimiento, cada trayecto una experiencia nueva. Con ellos conocí mundos inexplorados, no por lejanos, sino por profundos; esos donde el alma se expande, donde el amor se siente completo, pleno, suficiente. Caminar así es celebrar, es alegría, es la confirmación de que cuando el amor es verdadero no pesa, no cansa, no limita; al contrario, te sostiene y te impulsa a ir más lejos de lo que alguna vez imaginaste.

Con el tiempo entendí lo que no todos saben reconocer, aquello que eleva el alma. Mientras otros pasan de largo, yo aprendí a caminar despacio, a honrar cada trayecto compartido. Ellos me enseñaron que la comodidad no está peleada con la belleza y que la verdadera felicidad nace cuando uno se siente cómodo en el lugar correcto.

Pero ningún camino se recorre sin dejar huella. Con el paso del tiempo las repeticiones, las mismas rutas, los mismos horarios, los mismos pasos; la rutina, silenciosa y persistente, empezó a opacar el asombro inicial. Sus suelas comenzaron a mostrar señales de cansancio, pequeñas grietas que no dolían al principio, pero que anunciaban el peso del uso constante. No fue falta de amor, sino exceso de costumbre; ese desgaste que no grita, que no avisa, pero que lentamente va apagando la emoción de caminar juntos cuando se olvida por qué se eligió el camino.

Intenté cuidarlos aún más, como si el amor pudiera revertir el paso del tiempo. Los limpié con mayor esmero, los pulí, los guardé lejos del polvo y del descuido. Quise creer que bastaba con eso, que el cariño era suficiente para devolverles la firmeza de antes. Durante un tiempo funcionó, o al menos así lo sentí, porque a veces el corazón se aferra a la esperanza, incluso cuando la realidad empieza a ceder. Sin embargo, cada salida dejaba una marca nueva. Ya no se ajustaban igual, y aunque seguían siendo cómodos, algo había cambiado en la forma de caminar. Comencé a medir mis pasos, a evitar ciertos caminos para no lastimarlos más. Fue entonces cuando entendí que amar

no debería doler ni exigir que uno se reduzca para sostener lo que se desgasta. La negación fue breve pero intensa. Me resistí a aceptar que, por más cuidado que pusiera, la rutina había hecho su trabajo. No porque faltara amor, sino porque el uso constante, sin renovación, termina por quebrar incluso lo más valioso. Y en esa aceptación silenciosa comprendí que algunas relaciones no se rompen de golpe: se cansan.

Llegó un día en que tuve que mirarlos con honestidad. No con los ojos del recuerdo, sino con la claridad que da el cansancio. Seguían siendo importantes para mí, pero ya no podían acompañarme como antes. Cada intento por prolongar el camino terminaba en una incomodidad silenciosa, en un esfuerzo que ya no era mutuo. Entendí entonces que aferrarse también desgasta y que soltar, a veces, es la forma más alta de respeto. No los dejé por falta de amor, sino por amor propio. Porque comprendí que caminar ligero también implica saber cuándo detenerse y elegir otros pasos. Los guardé con cuidado, agradecida por todo lo que me ofrecieron, por cada trayecto compartido, por cada vuelo imaginado. No hubo rencor, solo una nostalgia serena y la certeza de que cumplieron su misión en mi vida.

Hoy camino descalza por un tiempo, reconociendo mis propios pasos, recordando que no necesito aferrarme a nada para avanzar. Lo vivido no se pierde: se transforma. Y esos zapatos, aunque ya no me acompañen, siguen siendo parte de mi historia, testigos de un amor que fue real, profundo y suficiente mientras duró. Los dejo ir sin reproches, con gratitud. Porque me llevaron lejos, me sostuvieron cuando aprendí a volar, y aunque ya no caminen conmigo, su huella permanece intacta en mi memoria.

¿Quién es Adriana?

Tanit Garduño López
BPM Buenavista 5084
moratanit@gmail.com

En los últimos veinte años se ha visto un gran cambio en la sociedad. Desde hábitos de alimentación, formas de vestir, estilos de vida, música, cambio climático, tecnología y valores. Cada uno de estos puntos juega un papel muy importante, ya que hacen que la vida de las personas se torne muy distinta con el paso del tiempo. Impacta tanto de forma negativa como positiva. Con respecto a los hábitos alimenticios, es notorio el exceso en la producción de comida rápida. De cierta manera, es una ayuda para quienes viven con el tiempo limitado por todas las actividades de día a día; pero a la larga, sus efectos son perjudiciales para la salud.

Las formas de vestir ahora son más liberales que hace cuarenta años. Las canciones son muy distintas tanto en ritmo como en letra. Más irrespetuosas, más violentas, más cargadas de mensajes equivocados.

El cambio climático ha sido de suma importancia, ya que ahora no se ven las estaciones del año tan naturales o con esta secuencia, como la de unas décadas atrás, haciendo que nos tengamos que adaptar a estas circunstancias. Por otro lado, la tecnología nos ha ayudado de cierta manera a comunicarnos de una mejor forma, obtener información de diversas fuentes, con mayor facilidad, poder visitar lugares del mundo virtualmente, ver noticias de otros países, divertirnos a distancia con tan sólo un click.

Pero, en el caso negativo, ha cambiado la vida de aquellos niños que tienen acceso a información. Imágenes, videos, entre otras cosas que no son apropiadas para sus edades y hacen que sus mentes cambien drásticamente y esta inocencia desaparezca. En el caso de las personas con más edad, hacen que pierdan la mayor parte de su tiempo y vida en estos teléfonos, laptops, dispositivos en general; afectando su vista y salud por estar sumergidos en ello. Se olvidan de disfrutar los pequeños y grandes placeres de la vida, como es apreciar un paisaje, comer sin ver videos, el degustar mejor los alimentos. Realizar actividades como la pintura, lectura, deporte, paseos. Los valores son detalles que se han ido perdiendo. Las personas en la actualidad no son tan amables, respetuosas, tolerantes, sociables, empáticas, con los demás. Pero nunca es tarde para recuperarlos, ya que se tienen las herramientas necesarias. La misma tecnología, la música de la que hablaba hace unos párrafos, puede ser mejorada.

Partimos de esto para poder explicar la vida de Adriana, una joven de veinticinco años, que a lo largo de su vida ha podido vivir esta realidad constante y cambiante, tratando de adaptarse a un nuevo mundo. No ha sido fácil, ya que creció con un ambiente familiar tranquilo, con valores inculcados, que fueron desde respeto a los mayores, a los animales, saludos al encontrarse con conocidos y aún con desconocidos, pedir las cosas por favor y al ser recibidas, con un gracias.

También ser bondadosa, amable. Tener honestidad, humildad, empatía, responsabilidad, cada uno de estos se inculcaron en la escuela y en la iglesia a donde asistía. Esto se llevó a cabo durante sus primeros doce años, al dejar la infancia y entrar a la adolescencia, ocurren de cierta forma cambios muy drásticos en su vida, que van desde un aumento de contacto con la tecnología, la inserción de nueva música, comida que es rápida y con baja proporción de nutrientes, un mayor acceso a información no tan adecuada para su edad, adquirir amistades que no eran apropiadas para lo que se le había inculcado. Es así que comienza una batalla en todos los sentidos, tanto para ella

como para su familia. Ella notaba estos cambios desde que estaba en la primaria, pero no lograba comprender y visualizar qué impacto tendrían en un futuro próximo.

Al concluir la secundaria, Adriana se ve confundida por todo lo que sucede a su alrededor, sin saber que rumbo tomar, y comienza intentando trabajar en las vacaciones para ayudar en casa. Así mismo reflexionando que debe seguir estudiando la preparatoria. A lo largo de su estudio, en la preparatoria, ella se da cuenta de cómo es que todo el entorno de la sociedad puede cambiar, iniciando por ella misma, desde su forma de hablar, su alimentación, la gente con la que convive, los pasatiempos que en ese momento tenía, el amor inculcado por sus padres a los demás y a los animales, así como al medio ambiente.

En este lapso ocurren cambios personales en su vida. En este caso fue que encontró su primer amor, quien tenía por nombre Alejandro, este chico de cierta forma hace que ellos dos vivan situaciones agradables y que por otro lado ponen en duda el amor propio que ella se tenía. Por lo que al pasar los meses en esa relación, él sigue insistiendo en que ella debe cambiar su aspecto físico, decía que debía bajar más de peso y tener una mejor figura, y Adriana, en ese momento, se ve invadida por emociones, tales como tristeza y enojo hacia sí misma, pero decide pedir ayuda a una de sus maestras, logrando que las pláticas entre ellas, sean fructíferas y tomando la decisión de terminar la relación con Alejandro, alejarse de las malas amistades y comenzar a practicar deporte. Esto le dejó una gran enseñanza que fue poner su estabilidad emocional y mental, principalmente, para que con la ayuda del deporte que practicaba ella, se mantuviera con una mejor salud y seguridad de sí misma. Con el pasar de los días, ella reflexiona y comparte a su familia la experiencia que tuvo en dicha relación, y decide que su carrera será Psicología, con el objetivo de poder apoyar a más personas en situaciones vulnerables, tales como la que ella vivió, o bien entre familia, autoestima, entre otras, recibiendo el total apoyo de su familia.

Cuando ella concluye la preparatoria puede notar lo que en algún momento de su vida se propuso, que fue cambiar ciertas cosas de su vida, entonces lo ha logrado y es así que puede ayudar a las demás personas. Al inicio de su carrera en una de sus materias, les piden realizar un proyecto acerca de cómo es que pretenden cambiar la mentalidad de las personas para que logren sus metas y sean personas de bien para la sociedad, también de cierta forma impactar en el estilo de vida que llevan. Esto es mediante una exposición ante todos sus compañeros; para ella fue una tarea fácil porque como ya tenía pensado e identificado, desde hace años cual era el primer propósito para poder cambiar a las demás personas, ella propuso y llevo a cabo una obra de teatro donde ella tenía un consultorio y acudía una paciente.

Al dar inicio con su exposición ella dijo que estaba basada en su propia vida y experiencias aunado a teorías, libros que ella había podido leer para complementar la actividad, entonces inició con la obra de teatro. En esta obra, en dónde la paciente le plantea que ella quiere hacer un cambio radical en su vida, pero que no sabe por dónde iniciar, Adriana le hace un ejercicio, y le pide que en una hoja redacte su infancia, como fue que le enseñaron a respetar a los demás, quien influyó más en su educación, qué era lo que no le gustaba que le mandaran; qué valores considera que fueron los que más le inculcaron. Terminando tenía que leerlo en voz alta, cuando concluyó la lectura, dijo que necesitaba que identificara como es que esto impactaba en su actual vida, en cuanto finalizó de escribir dijo la paciente que no entendía el porqué de esta actividad.

Es así que la psicóloga explicó que nuestra vida actual es prácticamente un reflejo del pasado, pero que en nuestras manos estaba cambiar todo, por eso era importante encontrar todos los aspectos que le había pedido que redactara. Para dar paso con la siguiente etapa de la terapia. Que era cambiar prácticamente todo lo que hacía en la actualidad iniciando por la comida, la rutina, ejercicio o bien deporte, las metas y visión de la vida. Explicando que la comida es nuestra principal fuente de energía,

es el pilar de nuestra salud y si se tiene una buena salud tenemos una mente más clara, iniciando por comer, lácteos, semillas, verduras de todos los tipos al igual que frutas y carne; así mismo evitar comida procesada, chatarras, azúcares, harinas, por el hecho que estás últimas comidas que se evitarían, logran cierta adicción y son perjudiciales para la vida del ser humano, de la mano está el ejercicio que nos complementa, ya que nos permite tener seguridad sobre nosotros mismos, salud, fuerza, vitalidad, por resaltar estos aspectos.

Conforme a la rutina que se tiene día a día, siempre tener horarios especificados, como lo son, de comida, trabajo y/o escuela, deporte, meditación o lectura, pero lo importante era estar ocupado y no dejar de nutrir nuestras vidas en todos los sentidos. Con esto se debían cumplir metas de lo que se quisiera, de ahorro de dinero, de estudio, o lo que fuese, pero se debían establecer metas a corto, mediano y largo plazo, para así tener un propósito en nuestras vidas. La última y más importante una visión de vida, que lo que ocurriera en nuestra vida debíamos encontrar siempre lo positivo, donde estaban aquellos puntos negativos, encontrar la manera de cambiarlos a algo constructivo o simplemente desecharlos. Culminando con esta explicación, Adriana se dirigió a todos sus compañeros y dijo que esta terapia era para al menos seis meses y así poder notar un cambio significativo.

Por último, ella es Adriana una chica que nació en los 2000's, que se adaptó a un cambio completo, que sucedió en la mayor parte del mundo occidental, logrando cambiar su forma de vida y con ello también a las demás personas que así lo quisieran.

El tablero que guarda recuerdos

José Trinidad Sánchez López
Biblioteca Publica Central "Miguel N. Irujo"
Numero de Colección: 350
Sanchezlopezjosetrinidad@gmail.com

Un niño llamado Carlos, tenía un amigo muy especial llamado Lower. Los dos se querían mucho y pasaban tardes enteras jugando a su juego favorito: el ajedrez. Lower era quien le había enseñado todo. Le mostraba cómo caminaba cada pieza:

-El alfil vuela en diagonal, mira qué elegante es- decía sonriendo.

Y Carlos reía, porque cada explicación de Lower era como un pequeño cuento.

Un día, Carlos llegó al parque con su libro de ajedrez bajo el brazo, como siempre. Pero Lower no estaba. El viento soplaba despacito, como si quisiera avisarle algo. Fue ahí cuando Carlos entendió: su amigo ya no volvería. Su corazón se puso muy triste, tan triste que parecía que una nube gris se le había quedado dentro.

-Gracias, amigo. Gracias por confiar en mí- susurró mirando el libro-. Gracias por enseñarme a amar este juego tan bonito.

Desde ese día, cada vez que Carlos abría su libro de ajedrez, sentía que Lower estaba sentado a su lado, moviendo una pieza y guiñándole un ojo, como siempre hacía cuando algo iba bien. A veces, cuando el sol tocaba el tablero, las piezas brillaban un poquito más fuerte, como si el recuerdo de Lower se escondiera en ellas. Eso hacía que a Carlos le doliera el pecho, pero también le calentara el alma.

-No estás conmigo, amigo- decía Carlos mientras ponía las piezas en su lugar-, pero yo te sigo recordando. Para siempre.

Y así, aunque Lower se había adelantado un poquito en el camino de la vida, su cariño quedó guardado en cada casilla del tablero y en cada página del libro. Cada partida que Carlos jugaba era un "gracias". Cada victoria, una sonrisa para su amigo.

Y cada vez que perdía, imaginaba que Lower le decía:

-No importa perder, lo importante es jugar con el corazón.

Y Carlos seguía jugando. Jugaba para aprender, jugaba para no olvidar. Jugaba porque sabía que, mientras moviera una pieza, su amigo Lower nunca estaría del todo lejos.

El eco del “cucui cucui”

Ing. Ivan Xochitiotzi García
Coordinación Estatal de Bibliotecas Públicas del Estado de Tlaxcala
ivanxg20@gmail.com

El pequeño Iván era apenas un niño cuando descubrió que el tiempo podía detenerse alrededor de una mesa. Creció en los años noventa bajo el cobijo de una familia tradicionalista, donde el amor y la unión eran parte de la vida cotidiana. Cada fin de semana visitaban a sus abuelos: su abuelita Juana y su abuelito Lupe. Para el pequeño Iván, aquella casa no solo era un hogar, sino un refugio lleno de historias y tradiciones.

La casa del abuelito Lupe y la abuelita Juana era antigua, con paredes gruesas de adobe, marcadas por el paso del tiempo y las historias de muchas generaciones. En el patio se levantaba un enorme horno de pan en forma de iglú, donde él jugaba a la cueva del oso polar con su hermano y primos.

A veces, mientras jugaba, el pequeño Iván observaba cómo sus abuelos conversaban en náhuatl, una lengua que para él sonaba tan interesante. Siempre las visitas comenzaban con el inconfundible aroma del mole de olla que cada domingo se cocinaba lentamente. El pequeño Iván miraba con atención a su abuelita Juana mientras movía la cazuela, como si en cada giro despertara recuerdos antiguos. Cuando por fin se sentaban a la mesa y saboreaban aquel rico mole de olla, el pequeño Iván comía con prisa contenida, pues sabía que lo mejor de la tarde estaba por venir.

Al terminar de comer, nadie se levantaba de la mesa ni se dirigía a la sala. Todos permanecían ahí mismo, en la cocina, alrededor del fogón del tlecuil aún tibio. El pequeño Iván esperaba

con ansias ese momento, mirando a sus abuelos con una sonrisa anticipada, hasta que la abuelita Juana y el abuelito Lupe comenzaban a contar sus historias. Algo que siempre llamaba la atención del pequeño Iván era que, cuando sus abuelitos se enojaban o discutían, comenzaban a hablar en náhuatl. Él no entendía lo que decían, pero le causaba mucha risa ver sus gestos, escuchar el tono cambiante de sus voces y observar cómo parecían decirse de todo sin que los demás comprendieran. De la misma manera, cuando no querían que alguien supiera algo, comenzaban a hablar en náhuatl, como si fuera un código secreto que solo ellos dos entendieran.

Sin embargo, la abuelita Juana tenía un estilo muy peculiar para narrar. No necesitaba libros, aunque siempre inculcó el amor por la lectura; sus relatos nacían de la memoria y del corazón. Una de las historias favoritas del pequeño Iván era aquella que hablaba de una vivencia del abuelito Lupe cuando era joven, en tiempos en los que las familias se levantaban antes del amanecer para trabajar el campo.

La abuelita Juana contaba que, cuando el abuelito Lupe era apenas un niño, acompañaba a su padre, don Víctor, quien lo cargaba en su espalda todos los días a las cinco de la mañana para ir a trabajar a sus tierras. Caminaban entre la neblina y el silencio, con el canto de los gallos anunciando el día. Para llegar a los terrenos debían cruzar el famoso montecito ubicado en el municipio de Contla de Juan Cuamatzi, en la comunidad de Santa María Tlacatecpa, de la cual eran originarios.

En ese punto de la narración, el pequeño Iván se acomodaba mejor en su silla. La abuelita bajaba un poco la voz y decía que, al pasar junto a un árbol grande y antiguo, se escuchaba un ruido extraño que rompía el silencio:

—Cucui... cucui...

Cada vez que llegaba a esa parte, la abuelita Juana se llenaba de risa. Aquella risa sincera provocaba aún más curiosidad en el pequeño Iván. Según contaba la historia, el abuelito Lupe sentía un gran miedo, pues el hermano de Don

Víctor aseguraba que eran coyotes que atacaban a los hombres que caminaban por el monte en la madrugada.

Víctor, atento y firme, cuando escuchaba ese "Cucui... Cucui..." sacaba su machete, para buscar a los coyotes. Después de escuchar el cucui cucui por tercera vez, decidió asomarse detrás del árbol. Entonces la abuelita hacía una pausa, miraba a todos y comenzaba a reír antes de revelar la verdad: quien hacía el ruido no era ningún coyote, sino el hermano de Don Víctor, escondido y divirtiéndose al espantarlos.

Al ser descubierto, Don Víctor corrió tras él con el machete. La abuelita aclaraba, entre risas, que no era para hacerle daño, sino para darle una lección. Al final, le perdonó la vida porque, después de todo, era su hermano. Esa parte siempre llenaba la cocina de carcajadas que resonaban en las paredes de adobe.

Lo que más atrapaba al pequeño Iván no era el susto ni la travesura, sino la forma tan natural y alegre con que su abuelita contaba la historia. Su voz, su risa y sus gestos lograban que el pequeño Iván se sintiera dentro del relato, caminando por el monte y escuchando el cucui, cucui entre los árboles. Aunque la historia se repetía muchas veces, nunca dejaba de parecerle interesante.

Con el paso de los años, el pequeño Iván creció. Hoy, aunque la abuelita Juana y el abuelito Lupe ya no están, viven en sus recuerdos. Los recuerda con nostalgia, recordando la casa de adobe, el horno de pan, las discusiones en náhuatl y aquellas tardes en la cocina con ese rico mole de olla que nunca volverán.

Aquellas narraciones no solo fortalecieron el amor familiar, también rescataron el valor de la palabra, de la lectura oral y de la naturaleza que rodeaba sus relatos. Cada vez que el pequeño Iván recuerda esas tardes, siente que aún resuena en su corazón el eco de aquel cucui cucui, acompañado de la risa de su abuelita, recordándole que las historias contadas con amor nunca se olvidan.

Shadow

Gustavo Márquez Aguilera
Biblioteca Pública Central Estatal Miguel N. Lira No. 350
gustavomarquezaguilera@gmail.com



Hola soy Shadow, y soy un gato negro.

Mis hermanos y yo fuimos rescatados por unas personas que nos encontraron en una caja que estaba abandonada en medio de la carretera. Después de eso, nos llevaron a un refugio para animales, donde se encontraban otros gatos y perros, pero no nos pusieron junto a ellos.

No recuerdo a mi madre y eso me pone triste; quisiera haberla conocido y crecer a su lado. Yo fui el más pequeño de todos mis hermanos; Lince, mi hermano mayor de color gris, por ser el más grande y fuerte fue el primero en ser adoptado.





Amber, mi hermana de color naranja como los rayos del sol, con quien siempre jugaba, fue la segunda en ser adoptada.



Loki, mi hermano de color blanco como la nieve, con el que pasaba los días persiguiendo insectos que llegaban al jardín, fue el tercero en irse.

Y así fue como pasaron los días y me quedé solo en el lugar donde me tenían mis cuidadores. Me la pasaba esperando ser adoptado por una familia que me cuidara y me quisiera por ser como soy. Varias personas fueron a verme, algunas solo me acariciaban, pero no me llevaban con ellos; otras se asustaban, decían que les daría mala suerte. Yo no sé porque decían eso, si soy un gato bueno.

Una noche, en la que estaba en medio del jardín del refugio, yo miraba el brillo de la luna, cuando de repente pasó volando una lechuza, que se posó en lo alto de una rama del árbol que está en aquel jardín. Me acerqué a ella y le pregunté su nombre y me contestó "para qué quieres saberlo, todos en cuanto me ven se asustan, me agreden y me dicen de cosas horribles, como si yo les fuera a hacer algo malo. Algunos me gritan ¡Bruja!.

Yo me acerqué un poco más a la lechuza y le dije que no le haría daño solo quería platicar con alguien, pues me sentía solo ya que mis hermanos habían sido adoptados y no tenía con quien hablar. La lechuza me respondió: "Mi nombre es Luna, lamento haber sido grosera contigo. Lo que pasa es que cuando me acerco a alguien siempre me molesta y yo no sé por qué, si solo

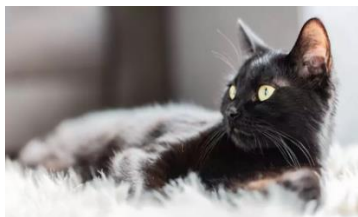
salgo de noche a buscar de comer, y como lo que los humanos más detestan, ratas enormes, esas que no quieren cerca de sus casas. Yo no soy ni hago esas cosas malas que tanto dicen. Soy solo una lechuza.



Y fue así que pasamos la noche hablando sobre nosotros: Qué nos gustaba, dónde vivíamos, qué comíamos y también tratábamos de encontrar una respuesta a eso que nos ocurría, (tratando de saber por qué no nos querían).

Nuestra conclusión fue que todo es un mal entendido, nada de eso de lo que tanto nos culpan, que dicen que somos o hacemos ocurre en realidad. Y así es que supe que como yo hay otros animales que por supersticiones no nos quieren. Dicen que somos malos, que damos mala suerte, que hacemos cosas del diablo y somos peligrosos. Ojalá que todo eso cambie, no somos malos, al contrario somos buenos. La única diferencia que tengo con mis hermanos es el color, pues sigo siendo un gato como todos los demás.

Pasaron semanas y yo me la pasaba echado junto a la ventana, viendo a la gente pasar. Los que llegaban al refugio primero miraban, acariciaban y se llevaban a los perros y gatos que les gustaban. A todos, menos a mí. Llegué a sentir que no había alguien que me quisiera solo a mí.



Una mañana, mientras miraba por la ventana, vi llegar un auto, del cual se bajaron 3 personas. Una de ellas era una niña que tenía el cabello largo y de color negro como yo. Pensé que recogerían a un perro, que desde que llegaron al refugio no paraba de ladrar y mover su cola. Esas personas recorrieron el lugar viendo y acariciando a todos los perros que ahí se encontraban; yo me quedé en mi lugar favorito cerca de la ventana, mirando y tratando de adivinar cual sería el siguiente en ser adoptado.

Cuando de repente aquella niña me miró fijamente, pensé que se había asustado al verme, pero ¡vaya sorpresa me llevé cuando sonrió y de un largo salto llegó hasta donde me encontraba!, Me levantó con sus pequeños brazos y dijo “quiero este”, sus padres al oírlo se hablaron al oído, como si planearan algo conmigo... Ese día fui adoptado.

Cuando llegamos a lo que hoy es mi hogar, todo era nuevo para mí. El jardín y la casa me parecieron enormes, muy diferente al refugio donde me encontraba y desde que llegué paso todo el día junto a mi nueva familia. Ellos me acarician, me dan de comer, juegan conmigo y la pequeña niña no se ha separado de mí, me dice que soy su panterita.

¡Ahora vivo feliz, junto a mi nueva familia!

La fuerza de la infancia y la creatividad de Julio

Elsa Martínez Cocoltzi
Biblioteca Pública "San Buenaventura",
Número de colección 7803
San Buenaventura, Papalotla, Tlaxcala
elsa.cocoltzi@gmail.com

Julio era un niño que nació en una habitación de la fábrica "La Tlaxcalteca". A un lado se encontraba sembrado un árbol de chirimoya, por lo que desde pequeño, su gusto por esa fruta de pulpa blanca y dulce crecía. Aún más cuando compartía un pedazo pequeño para toda la familia. Su padre era obrero de la fábrica, con oficio de fontanero, que se encargaba del mantenimiento de las máquinas textiles. Al ser trabajador, se le proporcionó hospedaje para su familia. El pequeño fue bautizado Julio en honor al hermano de su padre.

Julio ocupaba el tercer lugar en su familia, según su nacimiento. Había otros dos hermanos hombres y cinco hermanas menores. Su mamá, de ojos negros, como el fruto del capulín, de piel morena y de cabello largo y negro, vestía con faldas largas de tela de algodón. Su padre usaba ropa de color blanco. Tenía ojos aceitunados. Su origen era Tetela de Ocampo. Se quedó para trabajar, con otras personas que vinieron de Tepeojuma, Puebla o de San Nicolás de los Ranchos. Algunos, originarios del Pueblo de Papalotla, otros de Santa Cruz Tlaxcala, formando una comunidad de trabajadores y obreros de la fábrica, que también creció otorgando para las familias de sus obreros una escuela primaria y una capilla católica.

Julio era tan aventurero y vivía tantas fantasías como su mente le permitía viajar. Un día en África, otro día en Japón;

ganando carreras de bicicletas, volando en helicópteros o saltando en el agua. Corriendo por el campo cercano a la ribera del río. Pero lo más interesante para él, era observar la naturaleza que le rodeaba. Los animales y los insectos voladores como libélulas de colores azul o rojo que se le figuraban helicópteros, así como veía volar mariposas amarillas, verdes, blancas, negras, azules o anaranjadas. También disfrutaba mucho el imaginar diversas formas en el cielo que se formaban con las nubes.

Cuando su madre lo enviaba por el pulque, allá atrás de la Iglesia de Papalotla, tenía que levantarse a las cinco de la mañana. Caminando, subía al pueblo para llegar al tinacal y cargar su garrafón de pulque de unos 5 litros. Este encargo era diario. De regreso, a las ocho, pasaba a su casa a dejar el garrafón y se limpiaba los pies descalzos. Se lavaba las manos y su cara tan graciosa, como entre pecas y un poco el cabello rizado o quebrado. Sus hermanas le daban de desayunar y le ponían el almuerzo. En ocasiones no había, por lo que sólo se tomaba un vaso de aguamiel para el desayuno. Al regresar por la tarde, ya se alimentaba con la comida que su hermosa madre preparaba para toda la familia. Al transcurrir los años, creció siendo muy fuerte, con una condición atlética que le permitía elegir los deportes preferidos, así como adentrarse en el estudio.

Su gusto por los relojes le nació, desde que su padre coleccionaba relojes de bolsillo con cadenas y grabados. Algunos de pared, que emitían campanadas. La armoniosa música de las campanadas le recordaban la hora de la entrada a la escuela que se encontraba dentro de la fábrica.

La Tlaxcalteca fue fundada en 188, en la rivera del río Atoyac, ubicada en el valle de Puebla, Tlaxcala. Teniendo la panorámica; al este la montaña Malintzi y al oeste el volcán Popocatepetl. Esta escuela se conformaba por grupos de pequeños infantes de los pueblos de alrededor. La presa de agua generaba energía para las máquinas y los engranajes de la fábrica. Facilitaba el tejido de los telares para producir telas de algodón y de colores que tuvieron mucho auge en la época de industrialización textilera en este valle de Puebla y Tlaxcala.

Siempre tan puntual y tan activo para el aprendizaje, se volvió uno de los alumnos más destacados en la primaria, ganando en los concursos de matemáticas, de historia, de geografía. Sus maestros lo apreciaban y le apoyaban para seguir estudiando. Entre estos, el maestro Froilán, de origen oaxaqueño y su esposa la maestra Ma. Eugenia; que después partieron a seguir trabajando en la secundaria Venustiano Carranza en la ciudad de Puebla.

Julio, siempre se imaginó el campo de Holanda al sentir el viento en su cara, su gusto por las bicicletas se lo heredó su padre, que también le enseñó a arreglarlas; por lo que Julio aprendió a trabajar ayudando a las personas mayores a ir por los mandados o arreglando sus herramientas necesarias en casa; le comenzó por el gusto por la electricidad al ver cómo se iluminaban los focos y cómo alumbraban las casas. Tal vez le surgió el amor a la energía eléctrica al ver cómo se generaba la energía en las turbinas que se utilizaban para mover las máquinas de la fábrica textil.

Creció en la pequeña comunidad que por su cercanía a las fábricas textiles como El Valor, la Josefina, así, la comunidad se extendía en su territorio con personas de otros lugares que llegaban a trabajar en las fábricas. Creció al lado de su padre aprendiendo a mover las máquinas de la industria como tejedoras de hilos y a repararlas cuando paraban. Aprendió a hacer embobinados, que, a través de conductos de cobre, producían energía eléctrica. También le gustaban las bicicletas, por lo que era necesario aprender a repararlas; motivo que lo llevó a su afición para coleccionar bicicletas y mantenerlas siempre en funcionalidad.

Le gustaba engrasar las cadenas de los pedales, mantener los frenos siempre duros para poder frenar en el momento preciso. Las que más llamaban su atención eran las bicicletas de carreras, así es como iba creciendo su deporte preferido. Tanto, que le permitió ser un gran atleta del ciclismo, perteneciendo a equipos y contar con amigos que practicaban el ciclismo profesional en su juventud. Pudo hacer deporte y generar fortaleza viajando en Bicicleta a pueblos cercanos y

practicar subidas a las montañas como el Cuatlapanga en Tlaxcala, o viajar a Atlixco de las flores en Puebla. En sus viajes que realizaba, contaba el tiempo con su reloj de bolsillo que coleccionaba por su color como el oro o la plata, sus cadenas siempre limpias y relucientes. A su vez practicaba diversos deportes como el fútbol, el básquetbol y el béisbol. En deporte individual practicaba con la bicicleta para fortalecerse en las carreras de ciclismo. También le gusto practicar el karate. Otro de sus pasatiempos eran las lecturas de comics como le llamaba revistas de Kalimán, del Oeste, Daniel Bool , y otras de aventuras.

Cuando viajaba lejos en sus recorridos, siempre llevaba en su mente a su madrecita, motivo que le hacía tener un porvenir y un portarse bien en la vida con su madre a través de la veneración y el respeto. Le compraba dulces, por ejemplo, si iba a Atlixco, le gustaba llevar panecillos rellenos de dulce de camote para su mamá o alguna fruta de la región cálida.

A su papá siempre le esperaba a la hora de la salida de las fábricas para disfrutar de alguna compra o solo por cuidar la bicicleta y acompañarlo a casa de regreso. Tal vez por la belleza natural de la comunidad y el desarrollo tecnológico, le inspiraba saber cómo se movían las bicicletas, los autos, los ferrocarriles, los aviones, que le hacían leer y conocer muchos lugares del mundo a través de los libros.

Entre sus entretenimientos gozaba de nadar en el río que tenía una caída con mayor fuerza que le llamaba el cárcamo. Y de ahí se desviaba el agua que haría funcionar las turbinas. En la colonia de San Buenaventura que pertenece al municipio de Papalotla y al estado de Tlaxcala, se localiza la fábrica textil de algodón. En esta comunidad se asentó la familia del pequeño Julio. Sus terrenos eran muy húmedos, ya que rascando un metro de profundidad se encontraba agua dulce, por lo que los dueños de los terrenos, si es que querían sembrar, debían rasgar zanjas para concentrar el agua en éstas. Dentro de las zanjas crecían acociles, ranas, sapos.

La mamá de Julio, de nombre Pilar, mandaba a sus hijos a juntar acociles para después cocinarlos; ya sea hervidos o

tostados para disfrutarlos en un platillo con huevo. En sus cosechas de acociles, los hermanos disfrutaban correr en el llano, jugando al toque distoque, a los encantados y otros juegos tradicionales. Sus hermanas aprovechaban para lavar la ropa en el arroyo que servía de lavaderos de ropa de la comunidad y de pueblos cercanos como Papalotla y Tenancingo. Las señoras que lavaban en piedra en el arroyo, también secaban la ropa al tenderla en el campo para cuando se la llevaran en sus costales.

En los llanos se formaban también charcos de agua donde habitaban las ranas, los ajolotes y las luciérnagas, que algunos traviesos niños juntaban por las noches para jugar a la iluminación. El agua transparente del río Tenexac permitía que los niños fueran a jugar y a observar peces de colores que se encontraban en los estanques, como el de la fábrica Del Valor.

Julio fue creciendo hasta entrar a la adolescencia; y trabajando ya en la fábrica la Tlaxcalteca junto a su padre Marcos y su hermano Pablo, el hermano mayor, fontaneros de oficio los tres, daban mantenimiento a las máquinas: desde aceitar motores hasta revisar la energía eléctrica.

En la casa que habitaba con su familia, crecían árboles frutales frondosos como la mora, el chabacano, el tejocote, el capulín, el durazno amarillo o blanco, la higuera que daba brevas grandes y dulces; el membrillo, la manzana roja y rayada; peras ciruelas. Entre la variedad de frutos fueron creciendo y teniendo como distracción el cultivo de estos árboles, así como el aguacate criollo de color entre azul y negro con cáscara delgada.

Entre sus preferencias, igual que esas de los pequeños niños y niñas, era subirse a los árboles a cortar la fruta o ver como en el árbol del aguacate se encuentra creciendo un insecto, llamado torito. Los toritos se juntan y se guisan tostados o en un platillo con huevo. Otro corte que disfrutaba para comer eran los pétalos de las flores como el palmito o la hoja del colorín, que al igual que la flor del quiste del maguey, que se puede guisar también con huevo para hacer tacos con tortillas recién hechas en comal, cuando previamente iba la familia a juntar leña al

campo de las ramas que caían secas de los árboles como el ailite, el ahuejote y otros.

En su familia trabajadora, nunca les faltaba el qué comer, porque el campo les proporcionaba alimentos. Ahí se sembraba, según la temporada, maíz, haba, chicharos o lentejas. Cuando Julio creció, aprendió a guisar y preparar huevos en torta, tratando de imitar a su mamá, quien le daba un toque de guisado especial, al igual que sus hermanas.

Cuando Julio era invitado a alguna fiesta del pueblo, con sus amistades, siempre le traía a su mamá un taco o como le llamaban su itacate como muestra de que siempre estaba en su pensamiento.

También sembraba flores en el jardín y llenaba el florero con flores para su mamá solo que algún día ella se enfermó y murió dejando a su hermano el más pequeño al cuidado de sus hermanas. Entre esta tierra con mucha agua dulce a su alrededor, con terrenos pantanosos, con campos verdes y con muchos árboles que permitían que se vieran muchas aves como pericos de colores, pericos o loros de color verde, o cacatúas de colores, águilas, halcones, golondrinas de temporada o petirrojos, gorriones y aves de paso; entre algunas aves de temor y respeto como las lechuzas, que por las noches pasaban volando y se escuchaba su canto. Eso provocaba preocupación, ya que existía la creencia de que si la lechuza te canta es que alguien cercano va a morir, ya sea en la familia o en el pueblo.

Los hermanos fueron separándose al crecer, ya que se fueron casando y formando otras familias y Julio se convirtió en un hermano muy querido y respetado por sus familia, debido a la responsabilidad en el trabajo, en las muestras de cariño y respeto hacia cada uno de sus hermanos y principalmente hacia sus hermanas que de alguna manera también las protegía, mediante la convivencia y el respeto.

Julio, siendo ya un joven atractivo, se casó y formó una familia con María Luisa, a quien conoció en Metepec, Puebla; otra comunidad donde existía la fábrica de Textiles Metepec y cercana a ella, la del León. En Metepec, Puebla se encontraba

la fábrica que proporcionó para todos sus trabajadores casa habitación familiar donde las vecindades tenían lavaderos compartidos y baños.

En esta comunidad se construyó un gran parque, una gran escuela primaria, un campo deportivo y una escuela de talleres de costura, con clases de corte y confección, de secretariado, de salón de belleza y lo más importante: se daba la socialización entre vecinos. Julio conoció a María Luisa cuando visitaba a su hermana. Era su vecina y fue así como se enamoraron y la visitaba, yendo de San Buenaventura a Metepec en bicicleta.

Cuando decidieron casarse, le pidieron al papá de Julio, Don Marcos, que les vendiera una parte de su terreno para hacer su casita y él decidió vender la parte de atrás, que estaba más llena de agua, por lo que tuvieron que trabajar mucho unidos para hacer su casa.

Su casa fue pequeña, pero con detalles bonitos donde participaron las hijas mayores de Julio y María Luisa. Con sacrificios fueron buscando la manera de acrecentar la economía familiar. Esto hizo que Don Julio trabajara más allá de su jornada laboral. Con el tiempo se convirtió en obrero de la fábrica textil la saldo. Su horario como electricista era vespertino. Aparte, hacía horas extras o trabajos domésticos como eléctrico o plomero en pueblos cercanos, permitiéndole tener más amistades que juntos como pareja y familia eran invitados a fiestas familiares o fiestas del pueblo, a las que asistían, según sus tiempos libres les permitieran. Cuando asistían, disfrutaban de la familia que les había invitado y si había baile pues bailaban. Don Julio, cuando asistía a fiestas, era de buen vestir ya que también aprendió el oficio de sastre. Le gustaba vestir de gala, con sacos y chaquetas hechas con mucho talento en ocasiones por él. Y a su esposa también le gustaba el corte y la confección, a pesar de que sólo cosían para sus pequeñas hijas. Julio fue un padre muy trabajador, muy responsable del gasto y manutención de su familia y, a pesar del trabajo duro, siempre se daba el tiempo para convivir con sus hijas y su pequeño hijo. Le gustaba jugar y llevarlos de día de campo, así como el disfrutar de pequeño, igual compartía sus sueños y

aventuras con todas sus hijas y su hijo para entretenerlos y hacerlos crecer fuertes y sanos. "En cuerpo sano hay mente sana", manifestaba. Corrían en bicicleta, por lo que a cada una de sus hijas le compró su bicicleta y en esos años entre los años 50s y 60s no era muy común que las mujeres anduvieran en bicicleta. Salían a correr en bicicleta, al campo, en días de sol y también en días de lluvia, así como les enseñó también a cultivar el campo y cosechar las verduras y frutas. Gozaban como familia al compartir una manzana entre todos, que era cortada en rebanada, sus otras frutas como el mamey, el melón, la sandía, los mangos.

Cuando era el diez de mayo, compraba los regalos para la mamá a cada uno de sus hijos para que los entregaran con un fuerte abrazo y cantando las mañanitas. Los domingos también podían ser salidas al cine o solamente salían a comer un helado. O asistir algún baile público por lo que también les enseñó a bailar a sus hijas y a su hijo.

También había paseo en el cerro de la luna donde jugaban rodarse en bajadas cortas o jugaban a las carreras o simplemente a caminar en las vías del tren. A sus hijos les enseñó a observar el cielo, las estrellas y a leer mucho para que estudiaran y se prepararan.

Siempre se puso de ejemplo, ya que él concluyó sus estudios de primaria ya grande. Tomó cursos de inglés por correo y siempre que estudiaba a distancia, sus exámenes los pasaba con calificación de diez. Le gustaba participar en su comunidad, en la construcción de la escuela primaria y de otras labores sociales.

En casa era un hombre y esposo ejemplar, sin vicios, solamente dedicado a la familia y al trabajo para progresar cumplido en los compromisos económicos de estudio de sus hijos y para prepararlos para el trabajo; además de alegre. También les enseñó a manejar auto a sus hijas y a su hijo. Sin embargo, un día montó su bicicleta y emprendió una aventura de la cual ya no regresó.

El manantial de Acxotla del Río

Leticia Cruz George

Biblioteca Pública Municipal 5117

Acxotla del Río

Cruzleticia895@gmail.com

En Acxotla del Río, donde las mañanas huelen a hierba fresca y el agua corre entre piedras lisas, vivía una niña llamada Maite. Siempre iba acompañada de su perro Tacho, un perrito travieso que le gustaba perseguir mariposas.

Una tarde, Maite decidió ir al manantial, porque había escuchado que ahí el agua era tan clara que se podía ver el cielo completo reflejado. Cuando llegó, encontró a Doña Teodora, la anciana que todos conocían por sus historias. Estaba sentada junto al agua, acomodándose su rebozo azul para taparse del airecito frío.

-Buenas tardes, niña -le dijo con una sonrisa tranquila-. ¿Viniste a ver cómo canta el agua?

Maite frunció el ceño.

-¿Cómo que canta?

Doña Teodora soltó una risita.

-Acércate. Aquí el agua habla... pero nomás con quien la escucha.

Intrigada, Maite se inclinó sobre el manantial. Tacho también se acercó, moviendo la cola. Al principio, Maite sólo oyó el agua correr, pero, de repente, entre el murmullo, alcanzó a distinguir un sonido suave, casi como una canción que subía y bajaba.

-¡Creo que sí canta!- dijo sorprendida.

-Eso dicen desde hace muchos años- respondió la anciana-. Que este manantial guarda recuerdos. Y cuando alguien viene con buena intención, le muestra un poquito de su historia.

Mientras hablaban, unas lucecitas verdes comenzaron a flotar sobre el agua, como si fueran luciérnagas. Tacho las quiso atrapar con la patita, pero las luces solo se movieron un poco y siguieron brillando.

-Ah, ya salieron -dijo Doña Teodora-. Nomás salen cuando el manantial está contento.

Maite se quedó mirando el reflejo del agua, que parecía más brillante que antes.

-¿Y por qué está contento hoy?

La anciana la miró con cariño.

-Porque viniste con respeto. Porque lo escuchaste.

Maite sonrió y se sentó junto a ella.

-Prometo venir seguido. Quiero que siga cantando siempre.

-Entonces cuidalo -dijo la anciana-. Si lo cuidas tú, lo cuidarán los demás.

Desde ese día, Maite regresó cada tarde con Tacho. Barrían alrededor, quitaban basura, y a veces sólo se sentaban a escuchar el murmullo del agua. Y el manantial, como si reconociera su compañía, seguía cantando bajito, como un agradecimiento.

Dicen en el pueblo que, si uno pasa cerca al atardecer, aún puede ver a Maite, a Tacho y a Doña Teodora, platicando junto al agua. Y que, en esos ratos, el manantial brilla más que nunca.

Rita y el grillo guardián de secretos

Margarita Chimal Aguilar
Biblioteca Publica Central Miguel N. Lira #350
lic.mago_105@hotmail.com

En el Valle del Rocío Eterno, detrás de las Montañas Mágicas de Cristal, vivía una hormiguita llamada Rita. Rita no era una hormiga común: era de un color café brillante, como el chocolate recién hecho, y sus seis patitas eran tan veloces que dejaban estelas de purpurina a su paso.

Rita tenía un secreto: no sabía guardar secretos. ¡Todo lo que le pasaba tenía que contarlo! Su mejor amigo era Tito, un grillo verde esmeralda que vivía en una casita hecha de una hoja gigante. Tito era el único que tenía el poder de escuchar absolutamente todo sin cansarse jamás.

Un día, en el trabajo del Hormiguero Real, que era una panadería gigante, Rita vio una migaja de pan de luna, brillante y esponjosa. ¡Nadie la vigilaba! "Solo una probadita", pensó. Se la comió ¡Nam! y corrió a ver a Tito.

Con los cachetes inflados por la culpa, le susurró a Tito:

—¡Tito! Hoy llegué temprano, me metí en la cocina de los gigantes y me comí una migaja de pan de luna sin permiso. ¡Siento que mi barriga va a explotar de la culpa!

Tito, el grillo guardián, sonrió con su gran boca de grillo.

—Gracias por tu honestidad, Rita. Pero la próxima vez, usa la varita mágica de los permisos y pregunta primero ¿Vale?.

Otro día, su amigo Gusi, una oruga con gafas de piloto, la invitó a las "Carreras de Carretas de Tapas de Botella voladoras." Rita iba ganando, pero una cáscara de plátano encantada se cruzó en su camino, ¡¡Pum!! Chocó y perdió.

Corriendo a casa de Tito, Rita contó la aventura. Tito se rio tanto que casi se cae de su hoja-casa.

A Gusi le preocupaba la sinceridad extrema de Rita.

—Rita, no le cuentes todo a Tito. Algún día se cansará de tus fallos —le advirtió Gusi.

Pero Rita movió sus antenas con seguridad.

—¡Tito es mi amigo mágico! Me entiende mejor que las estrellas fugaces y siempre me da consejos que brillan como el sol.

Y así era. Cuando Rita rompió las reglas del trabajo y se comió otra migaja (¡esta vez de pan de fresa!), fue corriendo a disculparse con Tito. Tito le dio un abrazo de seis patas.

—Gracias por decírmelo, Rita. Los errores son como nubes grises, pero aceptarlos es como soplar y hacer que se vayan. Lo importante es que confías en ti lo suficiente como para aceptar tus nubes y querer un cielo azul.

Desde ese día, Rita, la hormiga de las patitas de purpurina, se convirtió en la hormiga más honesta del Valle del Rocío Eterno. Cada tarea que le ponían a Rita en el trabajo, respetaba las reglas, recordando siempre el consejo de su amigo el Grillo Mágico: ser honesta es la magia más poderosa de todas.

El adiós que dejó huella en mi vida, La muerte de una mascota

Neri Alcocer Nava

Biblioteca Pública Municipal 5115 San Juan Huactzinco, Tlaxcala
nerinava.5115@gmail.com

Aún recuerdo el día que te conocí por primera vez, al mirar tu pequeña cola, tus hermosas y elegantes orejas. Te tomé en mis manos entre paños limpios y con mucho cuidado te abracé. Tus padres: una pareja tan hermosa, macho y hembra: maduros, de raza salchicha pura, padre color café tabaco, madre color negro azabache, ambos muy graciosos, cariñosos y fieles.

Cómo olvidar aquel 14 de febrero de hace 7 años, tú tan pequeña, tierna, frágil, indefensa y hermosa. Aun cuando no abrías tus ojitos, sentías mis manos y te acurrucabas en ellas. Preparando tu casita con foco, paños confortables, cuidados veterinarios, nos preocupábamos por tu bienestar. Cuando miraste por primera vez, todos queríamos ver el color de tus ojos, al crecer fuiste una traviesa especial, mimada y consentida por mi madre, mi hijo y yo.

A los tres meses eras totalmente independiente, tu pelaje "color golondrino" negro azabache, con manchas café tabaco, cola traviesa, orejas elegantes, piernas regordetas y ojos vivarachos.

Por lo mismo de la facha tan especial, decidimos nombrarte "Valentina", fuiste parte de mi familia al compartírnos los mejores momentos de tus 7 años de vida: al desarrollar tu adultez, nos regalaste dos camadas de cachorros, fue maravilloso verte en tu faceta de madre y como los criaste hasta su adopción.

Cómo recuerdo que por las mañanas te gustaba levantarte al amanecer esperando pacientemente sentir los primeros rayos del sol en tu pelaje, te encantaba ladrar hacia la calle a desconocidos y a perros extraños evidenciando tu presencia en nuestro hogar, cómo perseguías a tus enemigos, los gatos que no te dejaban estar en paz, siempre tan suspicaz cuando entraban a casa repartidores, clientes o incluso familiares. Nunca dejabas que alguien se entrometiera en la relación entre tus humanos y tú. Siempre fuiste tan celosa.

Tu alimentación no fue la más normal, te gustaban muchas cosas, desde tus croquetas que estrictamente debían ser siempre las mismas, porque si no, no probabas ni un bocado. Hasta los alimentos menos sanos como pizza, coca cola, y chicles, mayormente pedías lo que nosotros comíamos o veías que disfrutamos comer. Cuando no te prestábamos atención y tenías ganas de una golosina caminabas rápidamente y sigilosamente hacia nuestra tienda de abarrotes en busca de chicles, paletas o dulces que se cayeran al fondo inferior del mostrador y, si por mala suerte no encontrabas nada, te molestabas, tomando tú misma del exhibidor de Sabritas la que mejor fuese para ti, según tu olfato. Tu lugar favorito era el sillón de la sala, preferiblemente con compañía, tomar largas siestas con mi hijo o en grupo y disfrutar del calor familiar.

Te gustaba ver películas con nosotros y disfrutar de unos buenos snacks, en especial cuando comíamos cacahuates tostados; tú los pelabas con tus colmillos, ¡Ah, esos momentos maravillosos que reíamos con tus gustos tan humanos! Siempre me encantó ese singular sonido de "clic, clac" que hacían tus garras al andar, como si usaras zapatos de tacón tan elegantes. Cuando te ibas con nosotros de paseo o viaje siempre te gustaba ir viendo por la ventana del auto o recostada en los asientos. Esos días en los cuales te dejamos como protectora de la casa y al regresar rápidamente te acercabas al escuchar nuestra voz, nos recibías con un cálido ladrido de que nos extrañaste y que te hacíamos falta.

Año con año celebrábamos tu cumpleaños comprándote un pastel pequeñito, cantándote tus mañanitas, esperabas el momento que terminaríamos de cantar para comerte a prisa tu pastel.

Nos aportabas fortaleza y me regalabas tus mejores momentos, que hacías que fuera tan feliz, aunque no hubiese sido mi mejor día o anduvieras enojada.

Hasta que una tarde enfermaste, preocupados te llevamos al veterinario y no hubo más que hacer. Nos despedimos de ti con lágrimas en los ojos, al amanecer te perdimos, tu cuerpo lermo y frío, con una mirada que reflejaba angustia de saber que nos dejarías solos y lo mucho que te extrañaríamos. Ese mismo día te sepultamos bajo la fría y húmeda tierra en tiempo de lluvia, prometiéndote que te esperaríamos en la ofrenda familiar de día de muertos el siguiente 26 de octubre cuando se honra a las mascotas difuntas.

Así lo hicimos: aquel día preparamos una mesita con todo lo que te gustaba comer en vida, a las 12:00 horas, como es tradición, abrí mi puerta que da a la calle e hice un camino amarillo de flores desmoronadas de cempasúchil, hacia la mesa de la ofrenda. Coloqué tu foto junto con las de otras mascotas, entre flores, agua, pan de hojaldras, velas, y te demostré que nunca te olvidaría tu querida familia.

Entre sentimientos y lágrimas en mis ojos, escribí este pequeño relato con tanta añoranza ya, que no te volveré a ver ni abrazar mi fiel valentina. Yo, no sé si las mascotas nos visiten en días de muertos, pero lo que sí se, es que todos te extrañamos y sin más, recordaremos tu nombre. Así que estés, donde estés, nunca te olvidaremos y sé que tú tampoco nos olvidarás, Valentina.

Enki y el portal misterioso

Ángeles Muñoz Cuahutle

Biblioteca Ezequiel M. Gracia No.6831. Santa Cruz Guadalupe

angelesmunoz626@gmail.com

Enki era un niño muy curioso, valiente y lleno de imaginación. Vivía en un pequeño pueblo, a los pies de la montaña La Malinche, un lugar lleno de senderos misteriosos, árboles altos y vientos que parecían susurrar historias antiguas.

Aquella mañana, Enki despertó muy emocionado, ansioso. Era su cumpleaños. Y la larga espera de tres años, cuando su papá le había prometido un perrito para cuando cumpliera diez años, al fin llegaba. Su papá le había prevenido mucho de que tener un perrito es mucha responsabilidad, porque es un ser vivo que siente y por ello tenía que hacer el compromiso de cuidarlo, alimentarlo, pasearlo, bañarlo y estar al pendiente de él. Así mostraría que respetaba la vida de ese animalito que estaba por llegar a la familia y que mejor era comenzar una responsabilidad en su primera década de vida. Antes de pensar en todas esas responsabilidades y cuidados que decía papá; Enki se enfocaba, e incluso se preocupaba más en qué raza de perro le gustaría tener y cuando su mamá le prestaba su celular. Buscaba en internet razas de perros. Él optaba por un husky, porque le gustaba tanto esa raza por lo pachoncito, sus ojos azules como el cielo y lo hermosos que se ven. También optaba por un pastor alemán, pero un Pit Bull o un Bull Terry no estaría mal.

Para ser honesto, Enki sólo pensaba en que sus amigos lo vieran pasear a su perro por la calle. Se lo imaginaba jaloneándose con su correa gruesa, sacando su lengua y asustando a los transeúntes con su imponente presencia. La

urgencia por tener un perro, también era porque la mayoría de la palomilla con la que se juntaba en la escuela ya tenía el suyo y Enki ansiaba tener el suyo para no quedarse atrás.

Todo eso pasaba por su cabeza mientras asentía con la cabeza al sermón de papá. Terminó la arenga con una frase que solía decir la abuela Conchita: "Chiquito el niño, chiquitas las responsabilidades. Grande el niño, grandes las responsabilidades".

Los días siguieron pasando y a Enki le daba vueltas en la cabeza de manera enrevesada, todo lo que le había dicho su papá: sobre las responsabilidades, las tareas que había que cumplir. Que, si era disciplinado y trabajador, la misma vida te recompensa. Poco a poco fue cumpliendo sus obligaciones en el hogar y sus obligaciones escolares. Sin darse cuenta, ya era habitual cumplir sin remilgos.

Por fin el día de su cumpleaños, papá llegó más temprano del trabajo, lo llamó y le dijo:

-Enki, tengo lo que querías.

Entonces bajó de la camioneta con un perrito.

La emoción y alegría de Enki se congelaron. Su sonrisa se desvaneció al ver que era un chihuahua, ¡Un chihuahua!

-¡Papá, yo quería un husky!

Y no lo quiso cargar. Se puso a llorar y se fue corriendo a su habitación, dejando a sus padres perplejos y sin saber qué decir. Todos los invitados también guardaron silencio.

En su habitación, Enki pensaba: ¿Qué iban a decir de él los otros niños? Se van a burlar de mí ¡Ese perro es para niñas! "Yo no quiero ese perro". Se lamentaba Enki.

Pero después de un rato, el papá lo fue a ver a su habitación. Llegó muy tranquilo y eso, de alguna manera sorprendió a Enki, porque generalmente su papá era más enojón. pero ahora estaba muy relajado. Se acercó a su cama, lo tomó suavemente del brazo y le dijo:

-Mira, este perro que elegí para ti es por la razón que hay que tener la mascota adecuada para cada hogar. Un perro de esa magnitud, del que quieres, iba a hacer un caos y comprometería a mamá e incluso a él mismo, y a los abuelos,

porque esos perros son de mucho cuidado y pues de su alimentación ni se diga. Con una risa diáfana, agregó:

--¡Va a comer mejor que yo! Mira hijo, este perro que te obsequio te lo doy con amor, porque sé que será un perro que te acompañará y te cuidará: Aparte, que esta raza es muy peculiar que si te elige y tú lo eliges nunca te abandonará.

Y con esas palabras, el papá se levantó de la cama y se fue, dejando al perrito en el cuarto. Enki sólo lo veía y le decía:

-¡Perro feo, no te quiero!

El chihuahua sólo paraba las orejas y lo veía fijamente. En ese momento se acercó a la orilla de la cama y, sin esperarlo, comenzó a lamer la mano que colgaba, como diciendo: "Dame una oportunidad". Enki, para alejarlo, le aventó un peluche y le dije que se fuera. Entonces el perrito corrió tras el peluche y se lo trajo nuevamente. Fue así que, sin imaginarlo, comenzó a jugar con él. Poco a poco, el rechazo se fue convirtiendo en una naciente amistad.

-Tranquilo. ¡Te pasas Niko, te pasas! Ya que esa frase era la del momento. Así decidió ponerle el nombre de "Niko".

Con el paso de los días se fue encariñando con el perro. Ya no le importaba que lo vieran con él. Algunos compañeros le decían de forma burlesca "Aguas, no nos vaya a morder tu dóberman". Pero a la mayoría de sus amigos les agradaba Niko, ya que era un perro carismático y fácil de querer. Era un perrito pequeño, peludo y siempre moviendo su colita feliz.

Un día, Enki salió de excursión con sus compañeros de la escuela a una gran montaña. Mientras caminaban y exploraban el lugar, Enki vio algo a los lejos que lo dejó sorprendido: una grieta en la roca brillaba como si tuviera lucecitas doradas. Enki se acercó a la grieta y, cuando tocó la roca, ¡Se abrió una puerta mágica! era un portal brillante que parecía llamar su nombre.

—¿Qué será eso, Niko? —preguntó.

Niko ladró emocionado, y movió la cola como si dijera:

-¡Vamos, vamos!

-Vamos juntos- dijo Enki con valentía.

De repente, entre dos enormes rocas, apareció algo que los dejó sorprendidos: Una luz brillante, como una puerta hecha de estrellas. En cuanto cruzaron, un remolino de colores los envolvió y aparecieron en un mundo mágico, lleno de árboles gigantes, flores que brillaban y animalitos curiosos. Los dos comenzaron a explorar el nuevo lugar donde se encontraban. Los árboles estaban tan juntos que formaban un techo verde sobre sus cabezas. Todo era tan bonito que Enki avanzaba sin darse cuenta de cuánto se alejaban.

Mientras exploraban, ayudaron a una tortuguita a encontrar a su familia y a un pajarito a regresar a su nido. Enki se sentía feliz de ayudar. De pronto, una luz apareció frente a ellos. Era un espíritu del bosque.

-Bienvenidos al Reino del Nunca Jamás- dijo el espíritu con voz suave.

Aquí el espíritu les enseñó sobre la paciencia, la amistad, la obediencia y la importancia de ayudar a los demás. Después de aprender muchas cosas y vivir aventuras divertidas, Enki y Niko encontraron otro portal.

-Es hora de volver a casa- les dijo el espíritu del bosque.

Enki y Niko entraron juntos y una luz brillante los cubrió y después hubo un destello blanco, un zumbido y silencio.

Cuando salieron por el otro lado, todo parecía igual... pero algo no encajaba, y aunque estaban otra vez en la montaña algo se veía distinto: El sendero estaba más ancho, los árboles eran más altos y el pueblo se veía diferente.

Enki comenzó a caminar con Niko a su lado, un poco asustado y cuando llegaron al pueblo, vio a un grupo de personas que lo observaban con sorpresa.

-¡No puede ser!- dijo un hombre mayor emocionado-. ¡Ese es Enki! ¡Enki!

Enki se quedó helado.

Eran sus compañeros de escuela... pero eran adultos. Uno tenía barba, otra llevaba lentes, otro cargaba a un bebé.

—¿Qué está pasando? —preguntó Enki temblando.

Una de sus antiguas amigas, ahora ya mayor, se acercó y le dijo con voz suave:

—Enki... te perdimos hace 30 años. Todos te buscamos. Nunca dejamos de recordarte.

Enki sintió un nudo en la garganta. Para él solo habían pasado unos minutos... pero para todos los demás, toda una vida.

La gente del pueblo abrazó a Enki. Algunos lloraron, otros acariciaron a Niko, que seguía moviendo la cola sin entender por qué todos estaban tan emocionados. Aunque Enki había regresado siendo un niño, sus amigos lo recibieron con cariño y alegría. Lo llevaron a su casa, que había sido cuidada por el pueblo durante muchos años.

Esa noche, mientras Enki dormía con Niko acurrucado a su lado, pensó en la aventura más extraña de su vida. Y con esto nos damos cuenta de que, aunque pasen los minutos, horas o días e incluso años nunca estamos realmente perdidos mientras haya alguien que piense en nosotros. Y un buen amigo como Niko puede acompañarnos incluso en los viajes más importantes. Enki aprendió algo muy importante en su aventura:

En algunas ocasiones no somos conscientes sobre el tiempo, el tiempo pasa y no se detiene. Creemos que el tiempo se recupera o se puede disponer de él cuando quieran, pero en un abrir y cerrar de ojos la vida pasa. En estos tiempos de redes sociales y entretenimientos virtuales nos olvidamos de vivir la vida con nuestros seres queridos y personas que nos rodean y que estimamos mucho. El mundo moderno nos ha esclavizado con el uso de celulares que es una cárcel en la cual tu estas por voluntad, pero no te das cuenta de cómo el tiempo pasa y sin que lo notes.

Y es hora de darnos cuenta que lo más valioso no está en los celulares ni en los videojuegos, sino en las personas que nos quieren, en los amigos verdaderos, como Niko o como tus compañeros que son un tesoro que debemos cuidar.

La familia, que siempre espera, ayuda y abraza, es el regalo más grande que tenemos. A veces pasamos tanto tiempo en pantallas que olvidamos mirar a los ojos, jugar, conversar, y sobre todo disfrutar a quienes están con nosotros. Por eso recuerda

que los momentos más felices no vienen de los aparatos, sino del amor, la amistad, la unión y la compañía de quienes te rodean. Pero, si miramos con el corazón, descubrimos que lo más valioso no se compra ni se guarda en una caja: se vive cada día. Y debemos aprender a ser agradecidos, a respetar, a compartir y a perdonar, para ser mejores personas.

Lola

Rosalía Nalleli Pérez Estrada
Universidad Politécnica de Tlaxcala
Rosalia_na@hotmail.com

Lola caminaba en la ciudad de Mérida, Yucatán; entre hoteles de lujo y grandes camionetas saliendo de ellos. Cruzaba las calles con cara de cansancio y llena de pesadumbre, mientras colgaba de su mano izquierda una bolsa de tela, de mandado. Sus chanclas amarillentas, que alguna vez fueron blancas, sonaban a cada paso de sus pies sucios y desfigurados por la edad, por las varices y por tanto caminar a sus casi setenta y seis años.

Era el día que salía por su mandado para tener qué comer en los días siguientes, mientras se encerraba del mundo y de la sociedad, esperando algo. Le costaba caminar. Le dolían los pies, los brazos, la espalda, pero no tanto como le dolía el alma a veces. No le gustaba salir de casa porque sabía que regresaría muy cansada. Su cuerpo ya no podía cargar mucho. Sus huesos se habían tornado débiles y su cuerpo tenía muy poco músculo para seguir cargando por lo que, a últimas fechas, llevaba ya solo dos bolsas y buscaba comprar cosas que no se le echaran a perder rápido.

Si podía pasaba a pagar su luz, su teléfono y el agua potable que llegaba hasta su casa. Para no volver a salir. Ella no conocía de pagos por internet o de transferencias. La vida no se lo había enseñado, pues cuando fue a la escuela primaria nadie hablaba de internet, de inversiones, ni de bancos.

Lola se había vuelto una ermitaña desde la muerte de su único hijo, el que pensó la cuidaría en su vejez. La vida le dio la lección más grande de su vida: no siempre tienes un hijo para

cuidarte, cuando las fuerzas te han abandonado. Esta ocasión, su único hijo había decidido no seguir viviendo. Su corazón no daba para más cuando tomó la decisión. No se suicidó, ni nada por el estilo. Simplemente se rindió cuando se sintió cansado. Dejó de luchar por su vida y un día gris solo se quedó dormido.

Para ese momento Lola ya tenía setenta y cinco años.

Jamás pensó que lo llevaría, junto con sus vecinos a su último reposo. Nunca pensó que sería ella que lo arrullaría entre sus brazos, dormido para siempre, cual ángel en su vida, a sus treinta y cinco años. Lo había tenido ya a los cuarenta años, en un enamoramiento casi furtivo con un desconocido.

Nunca supo su nombre. Jamás supo su nacionalidad. La comunicación fue de cuerpos y de pasatiempo. Gracias a eso llegó su tan anhelado tesoro que hacía poco la había dejado sola de nuevo.

Hoy, mientras caminaba con sus compras, los que pasaban a su lado en carro o en bicicleta, casi ni la veían. Ni veían su máscara arrugada, quemada por el sol, ni mucho menos le veían sus surcos blancos o rojos. En una piel nada humectada, con el cabello crespo por el calor del lugar donde vivía, casi sin dientes y encorvada se esforzaba, en su lucha con la gravedad de la tierra, mientras se movía furtiva para no demorarse y regresar a su hogar. Ese hogar que solo tenía dos cuartos pequeños, un baño, y una cocina que a la vez le servía de sala comedor. Fue para lo que les alcanzó mientras su hijo vivía.

Siempre fue enfermizo, pero muy trabajador. Eso fue lo que les ayudó para que ella, a esta edad no tuviera que trabajar. Pero si tenía que estirar sus ahorros, lo más que pudiera, pues no sabía cuántos años más viviría, sin seguir gastando como lo había hecho hasta hoy. Tendría para vivir hasta que muriera; eso sí, comiendo poco al día, saboreando su delicioso café espumoso en las mañanas antes de probar cualquier bocado y alargando la hora para la comida, que la hacía a las 5 ó 6 de la tarde para no cenar. Eso le hacía tener dos comidas al día y tener suficiente para los siguientes.

Siempre compraba harina y hacía su pan. Este le quedaba sabroso los primeros cinco días. Después de eso lo tenía que hacer como si fuera pan francés para poderlo comer. Ahora entendía por qué los franceses amaban ese pan. Seguramente en época de guerra lo habían hecho –pensaba- y habían sabido cómo comerlo siempre sabroso. También secaba todo lo que llevaba. Su carne con mucha sal, sus verduras (tomates, chiles, calabazas, zanahorias, entre otros) y lo que pudiera secar, para después hidratar todo. Se había vuelto una experta en el cuidado de los alimentos para volverlos perecederos. Copia de experiencias de sus bisabuelos que, durante la Revolución Mexicana, aprendieron a deshidratar sus verduras, a colgarlas en hilos o mecates como si fueran ropa lavada, al sol, para después comerlas. Este aprendizaje le había servido mucho a últimas fechas. Además, entre sus pensamientos, había decidido no tener ninguna mascota, para no tener que darles de comer, así como no hablar con nadie, para que nadie la visitara y no tuviera que compartir su comida que era planeada para todo el mes. Gastaba poca luz, poca agua, poco gas para que su presupuesto se estirara.

No tenía familia. No tenía a quien ver. Sus pocas amigas de la juventud habían muerto ya. Ahora no le interesaba hablar con nadie. Sentía incluso que ya estaba olvidando algunas palabras para poder conversar. Eso sí, cuando podía, cantaba. Las canciones le hacían sentirse parte de la vida y de recordarle que era un ser humano. También, con ellas balbuceaba palabras, le hacían mantener la memoria viva, la lengua en movimiento, el cerebro activo y conversaba para sí. Eso sí, no cantaba cualquier canción. Ella ya no quería sufrimientos en su mente. Detestaba las canciones de desamor, de desamparo o de desilusión.

Cantaba los cantos de la iglesia católica, de la iglesia mormona, de la Iglesia de Jehová o de la iglesia cristiana. No importaba. Después de todo, todas amaban a un ser superior llamado Dios, y eso era lo que le importaba. Cantaba canciones también de Cri-Cri, Chabelo, Cepillín o cualquiera que le recordara su niñez. Algo que ella sabía, no debía de olvidar jamás,

para conservar con ella, esa esperanza de vida que tenemos cuando somos niños, que nos crean ilusiones venidas de la inocencia, pensando que la vida es eterna. Se había aprendido doscientas canciones o más. Esas la aferraban a la vida y a sí misma. Ya sabía qué estación de radio podía escuchar y, aunque su radio tenía casi su misma edad, lo había cuidado más que a nada en el mundo pues ese le ayudaba a aferrarse al exterior y a recordar que allá afuera, cuando ella cerraba la puerta, el mundo se seguía moviendo.

Cuando salía a la calle, de vez en cuando, se compraba dos chocolates. Les iba cortando pedazos milimétricos una vez a la semana. El día que comía chocolate, era fiesta para ella; pues sentía el placer de la vida, igual que lo siente el borracho que toma alcohol a diario, o el elegante hombre de negocios que toma en la mesa llena de plata. Para ella, comer un trozo de chocolate era su mayor placer: Cuando depositaba la primera pieza de él en su boca, todo su cuerpo experimentaba el placer de estar viva. Por eso, cuidaba todo lo que compraba y el chocolate no era la excepción.

Esta vez, mientras arrastraba su existencia de regreso a casa supo, por primera vez que quizás sería la última vez que salía de su habitación. No sabía qué le estaba pasando. Solo sabía que cada día dormía menos, que sentía un cansancio extremo que la hacía quedarse más tiempo en la cama. Las continuas diarreas le preocupaban, pues no comía nada que fuera extraño ni había cambiado su dieta. Veía que su piel se había puesto amarilla poco a poco. El color se le había ido de las manos. Ahora, como una extranjera en su pueblo, no podía comer aguacate, ni tomar leche, ni comer huevo o queso, ni comer grasa porque de inmediato se enfermaba de la panza. Su cuerpo había experimentado cambios y tenía como manchas en algunas partes. Manchas amarillas y blancas en los brazos y en las uñas, que eran casi imperceptibles, pero ella podía verlas durante el baño. No le había contado a nadie, pues nadie estaba a su lado. Sólo suspiraba cada que veía una pequeña mancha blanca y esperaba paciente a que le desapareciera. Las fuerzas la estaban

abandonando, no sabía qué pasaría, si volvería a salir o no, pero tenía que hacer algo para no dejar todo botado.

La casa en la que vivía, aunque pequeña y humilde, tenía un valor incalculable para ella, pues para cualquier vagabundo, de la calle, era un palacio. Mientras avanzaba con la espalda encorvada, empezó a pensar lo que escribiría en una carta:

Mérida, Yucatán; a 17 de abril, del 2026

A quien corresponda:

Esta casa la dejo para que aquí vivan uno o dos niños del Orfanato o los que quepan. Quiero que sea para ellos porque en ella iba a vivir mi hijo con su hijo y quizás sus nietos, pero ya no hubo tiempo para eso. Por eso ahora quiero que haya risas y abrazos.

En ella viví mis mejores momentos, cuando platicaba con mi único hijo, lo abrazaba y recordaba su niñez y lo imaginaba, sano y corriendo. Por favor cuídenla y jamás la vendan. Que sea el hogar de todos los que necesiten un techo. No es un palacio, pero sí ha sido el mío durante mucho tiempo.

Atentamente: Lola.

Posdata: Dejo las escrituras en manos de diferentes personas para que ellas den fe del seguimiento.

Pensaba que redactaría su carta y la mandaría al orfanato, pero la escribiría tres veces con su huella y firma porque también la mandaría al presidente municipal, al juez y al padre de la iglesia. Entonces serían cuatro copias. Para que alguno obligara al otro a cumplir su última voluntad inmediatamente después de su muerte. Por si las dudas, dejaría la puerta de su casa entreabierta esta vez. No pondría los miles de candados para que cuando la gente empezará a oler algo raro, pudiesen entrar a ver qué había y su cuerpo no fuera comido por los roedores, ni por los perros del barrio. Tendría que pensar muy bien cómo hacerle porque sabía que la muerte llega de repente cuando estás más confiado.

Lola caminó y caminó. Se acercaba cada vez más a su hogar. Un dolor fuerte le aprisionaba el pecho. Las manos le

sudaban, y de su cabeza caían pesadas gotas de sudor, como si hubiese corrido cuarenta kilómetros a paso fijo, como corredor de maratón o ciclista que busca un premio. Y mientras avanzaba, en su cabeza empezó a resonar un poema que, si le daba tiempo, llegaría a escribirlo en su mesa de dormir, mismo que también dejaría junto a su carta-testamento. Mientras; éste le surgía a borbotones en el pensamiento:

*No sufras por mi ausencia tierra,
No extrañen mis pasos los pájaros;
No lloren mi muerte que encierra
En el infinito, mis amorosos cantos.*

*Que nadie sepa que he sufrido,
De maltrato social, ni de engaños,
Por muchas personas egoístas
Que se han ido, también con los años.*

*Me tocó vivir en una corta etapa de la vida,
y el hombre viajó a la luna y al centro de la tierra,
Pero jamás pudo conocer el palpitar de mi corazón,
ni conoció el pulso ardiente de mis manos.*

*No llores aire, mi ausencia,
No extrañes cielo, mis cantos,
No me envidien jamás las montañas
Ni los volcanes, con sus blancos mantos.*

*No te detengas jamás, arena del mar,
En tu camino, tú sigue rodando,
Abraza todos los pies que, desnudos, te buscan
Protege con tu calor, al que camina amando.*

*Que los violines toquen todas las melodías,
Que me hagan vibrar bajo la tierra
En mi cuerpo inerte, vacío de emociones*

Vacío de recuerdos, de fluidos y de desengaños.

*Aquel que respiró el fresco aroma de las flores,
Que buscó en el infinito a Dios, con sus abiertos abrazos,
Que miró hacia el horizonte, para ver regresar a su hijo
Que un día se fue para siempre,
y me abandonó en el vacío de la soledad,
Del que se pierde en las ciudades de engaños.*

Esa tarde, al llegar a casa, Lola, se iría a dormir; después de escribir su carta y su poema que repetía en su mente, mientras caminaba. El cansancio se había desaparecido de repente, y pudo escuchar el cantar de los pájaros. Pudo también sentir un aire fresco, que le acarició la cara, su cuerpo, sus manos. Agradeció a la vida, su vida, y en un momento extraño, recordó su bonita niñez y cuánto sus padres la amaron.

Aquiles

Rosalía Nalleli Pérez Estrada
Universidad Politécnica de Tlaxcala
Rosalia_na@hotmail.com

Aquiles era un Chihuahueño. Pequeño y escandaloso. Pedía su comida, su cama o su juguete ladrando, mientras señalaba con su ladrido lo que quería.

Jugaba y brincaba como si no se cansara.

Era el bebé de cuatro patas de nuestra familia.

Un día, le abrimos la puerta.

Como joven desbocado al que le dan sus padres libertad, y no sabe qué hacer con ella, salió a la calle y se perdió para siempre.

Las aventuras de mi perrita Frida

Eliza Rodríguez Sastré

lisrosback@gmail.com

Biblioteca Pública Municipal Núm. 389 "Coronel Felipe Santiago

Xicohténcatl"

Municipio de Contla de Juan Cuamatzi Tlaxcala

Era la fiesta de la Capilla en la comunidad y se escuchaba mucha algarabía. Fuegos pirotécnicos, gente transitando, queriendo ganar el mejor lugar para escuchar la música. A mí me tenía muy aturdida. Ladraba con fuerza, tratando de decir algo a mis amos. Me asomaba por la marquesina del segundo piso, para ver si los encontraba entre la multitud. De pronto, me pareció que las voces se incrementaban, las escuchaba más cerca. Algunos comenzaron a dar voces, a silbar, llamando la atención de mis amos. Romualdo fue el que reaccionó, pero no podía ayudarme porque estaba cargando a su pequeña. Así que llamó a la familia y entre tanto bullicio apenas podían asimilar que me había caído desde el segundo piso,

Estaba inmóvil, me miraban asombrados y cuchicheaban con mucha tristeza de verme tirada en el suelo. Los carros que transitaban por la calle, parecía que sabían lo que estaba ocurriendo. Para mi buena suerte, ninguno pasaba en ese momento y no se escuchaba más que los aplausos, música y los fuegos pirotécnicos que podía ver a lo lejos sus destellos en el cielo y todo quedó oscuro.

Mi familia llegó corriendo. Una vez que Romualdo le dio a la niña a su mamá, me cargó con sus fuertes brazos contra su pecho, podía escuchar el latido de su corazón y con gran ternura

me subió a la casa. En ese momento llegaron mis recuerdos de los momentos que compartimos juntos.

En mis primeros años de vida, Romualdo salía a correr por las mañanas y yo lo acompañaba. Disfrutaba de la naturaleza y del río que en cuanto llegaba solía mojarme hasta quedar muy sucia, casi revolcada. Salía nuevamente y corría hasta alcanzar a Romualdo que ya iba lejos. Él no se detenía mientras yo disfrutaba de mi gran chapuzón. Llegó el momento en que él formó una familia, y cada vez que llegaba de visita, podía percibir a lo lejos que estaba por llegar. Me ponía inquieta. Tan luego llegaba, subía a verme. Él jugaba conmigo y aún salíamos juntos.

El tiempo fue pasando y mi velocidad fue disminuyendo, en ocasiones lo perdía de vista, por lo que me daba por vencida y me regresaba. Cierta día me desorienté y no pude regresar a mi casa. La familia me empezó a buscar. Le preguntaron a Romualdo qué camino había recorrido, para saber dónde buscarme. No dieron conmigo. Regresé a casa hasta pasados dos días. Desde esa ocasión ya no me dejaron salir con Romualdo. Ahora acompañaba a correr a su mamá. Su paso era más pausado. Yo iba siempre atrás de ella, no me separaba. Pero había una razón: ¡Estaba perdiendo la vista! Por lo que sus pasos me guiaban. Los perros que encontrábamos en el camino, algunos más jóvenes, no me hacían daño. Parecía que respetaban y entendían mi situación.

Llegó el momento en que sólo podía salir a la calle con correa, acompañado de José ¡Oh, Dios él no escucha y yo no veo! Era de esperarse. Por alguna razón, él confió en que podía cuidarme sola sin correa. Me soltó y yo atravesé el camino sin precaución. El carro frenó y me dio un golpe ¡Mi primer golpe! José estaba muy enojado con el conductor. Pero todos sabíamos que el conductor no tuvo la culpa.

En otra ocasión, me le atravesé al señor de las tortillas Lupita, que iba en motocicleta. Las tortillas salieron volando, quedando tiradas en el suelo. La mamá de Romualdo salió corriendo y se disculpó con él. Le explicó que ya no veía y que no volvería a ocurrir. ¡Me sentía triste y además lastimada! Me

abrazaron y entré a la casa. Desde ese día ya no volví a salir a la calle.

Mi hogar era la azotea, construyeron barda en todo el perímetro de la casa para evitar que me cayera, desde muy pequeña los fuegos pirotécnicos que tronaban en la capilla me lastimaban. Muchas veces me decían que corriera a refugiarme debajo de la mesa o en los rincones, pero mi desesperación y angustia era correr, huir, escapar muy lejos. Era un gran tormento para mis oídos. Cuando escuchaban que empezaban a tronar los cohetes, subían a acompañarme para que me calmara.

Mi segundo golpe fue en cierta ocasión que mis amos salieron de casa y empezaron a tronar los cohetes. Mi adrenalina me ayudó a rebasar la barda y subí al techo sin darme cuenta donde terminaba y caí en el cubo de la casa. En él se encontraba una lona que amortiguó el golpe, para después caer en una estufa descompuesta y golpear una cacerola que enchuequé. Fue la primera vez que llamaron al veterinario. Me revisó y afortunadamente no presenté fractura. El médico me puso medicamentos para el dolor y antiinflamatorios.

Cierto día escuché de una visita que sugería mi sacrificio, pues me andaba topeteando con los objetos. Ellos le habían puesto protecciones a todo objeto, ante el riesgo de que pudiera lastimar mis ojos. Escuché que la mamá de Romualdo le dijo que yo estaba comiendo bien, y a pesar de que había perdido la vista, me veía con muchas ganas de vivir, ¡animosa y que cuidarían de mí hasta que dejara de existir.

No fue necesario.

Esa noche de la festividad de la capilla, empezaron otra vez a tronar los cohetes. Aunque previeron que ya antes había rebasado la barda, y que volvería a subirme, pusieron obstáculos para evitar otra caída. Pero mi dolor en los oídos, mi angustia, mis miedos, emprendí otra vez la huida. Como pude, rebasé no sólo la barda, sino también los obstáculos. Nada me detuvo. Esta vez no corrí con mucha suerte. Me volví a caer, cayendo en la calle.

Llamaron al médico veterinario, y sus comentarios eran muy desoladores. Que si podía tener fractura o había la

posibilidad de un estallamiento de vísceras. Me revisó y pronunció lo que me temía: les propuso mi sacrificio, o aplicar medicamentos para ayudar en mis dolores. Mis amos estaban consternados y podía escuchar con gran tristeza su separación ante mi pérdida. Resolvieron que iban a esperar mi evolución.

Al día siguiente, me ofrecían de comer; pero no me apetecía. Me sacaron al sol para recuperar energía. Me pude levantar y vieron que no había arrastre. Eso fue un aliciente. Me animaban: ¡Tú puedes Frida! Las horas fueron pasando y me sentía más débil, sin poder comer y beber líquidos. Así pasé la noche. Al amanecer del tercer día, estaba muy agotada. Mis amos llamaron al médico para decirle cómo me encontraba. Respondió que ya se había esperado el tiempo suficiente y la evolución no era favorable, por lo que era necesario sacrificarme.

Llegó la médica veterinaria y les preguntó que en donde querían que terminara, que se despidieran de mí. Luis respondió que en mi casa de madera. Me volvieron a subir. Él me adoptó como mascota. Me abrazó y me dijo lo mucho que me quería y lo bien que habíamos disfrutado de la vida, llevándome a la estética canina para arreglarme mi pelo chino. Por cierto, también me le caí a la señorita estilista la primera vez que me llevaron. Cuando me recogieron, no me reconocían. Con mi pelusa me veía más gordita. Braulio, que me dio su tiempo en mi etapa longeva, me apapachaba. No estaba sola. Cada uno me daba de su tiempo y estaba pendiente de mí, en las épocas de lluvia o fríos de invierno.

Era el momento de partir, la médica veterinaria se hincó antes de iniciar mi sacrificio, como pidiendo perdón ante su juramento profesional. Me desprendí con mucho amor y había alguien que me esperaba: la abuela Ave, que así le decía Braulio a su abuelita cuando estaba pequeño, quien me dio de comer por mucho tiempo y era su compañía, hasta que un día también partió de este mundo.

DESPEDIDA

Elizabeth Pérez Maza

Coordinadora Estatal de Bibliotecas Públicas y
Directora de la Biblioteca Central Miguel N. Lira.

La llegada a la Coordinación de la Bibliotecas Públicas del Estado de Tlaxcala fue todo un reto, pues fue volver a un lugar donde me pregunté cuándo había sido la última vez que había venido a esta biblioteca.

Entre risas, hace mucho, ya más de 18 años cuando consultaba los libros para mi tesis, no sabía todo lo que realizaban los bibliotecarios en cada una de las ciento cuarenta bibliotecas del Estado. Entonces me pregunté cuántas Elizabeth hay allá afuera, que desconocen los espacios de conocimiento con los que contamos.

Hoy, estando al frente me siento con el compromiso de difundir todas las actividades y la necesidad de que los usuarios retornen a las bibliotecas; además de que los Bibliotecarios que llevan años de servicios sumergidos en los libros del acervo con el que cuenta cada una de las bibliotecas, algunos con muchos libros, algunos con pocos libros y que cada día ven y viven historias dentro de sus bibliotecas con cada uno de los usuarios que los visitan, transportándose en la lectura a mundos diferentes, son historias, que cada uno lleva por dentro. Esta idea de escribir un Libro de Bibliotecarios surge de una plática con Rosalía Nalleli Pérez Estrada, cuando presentaba su libro titulado, Algunos cuentos de miedo y otros de terror, y donde nos hicimos la pregunta: ¿Y por qué no escribir un libro? Y que

aquellos compañeros bibliotecarios que han pasado toda una vida dentro de sus bibliotecas puedan también expresarse a través de las creaciones de un cuento y que ello quede plasmado como una aportación a futuras generaciones. Que sean ejemplo de muchos más y que se sigan escribiendo más historias dentro de nuestras bibliotecas públicas. Que seamos inspiradores de las futuras generaciones.

Este es el segundo libro escrito por bibliotecarios tlaxcaltecas, en toda la historia de las Bibliotecas Públicas en el Estado de Tlaxcala y de México. Y es muy importante saber que somos pioneros de este gran proyecto. Me siento feliz por haber logrado generar sinergias con Rosalía Nalleli, y haber logrado, en mis compañeros bibliotecarios, ese deseo y esa valentía, para que hoy podamos deleitarnos con sus maravillosos cuentos.

¡Gracias a todos y todas!

Tlaxcala, haciendo una nueva historia. 2026.

"Contando cuentos en la biblioteca Vol. II"

Se terminó de imprimir
en el mes de abril de 2026.

Se imprimieron

Trescientos ejemplares
más sobrantes para reposición.

Todos los derechos reservados
Universidad Politécnica de Tlaxcala
Tlaxcala, México

En la primera edición de Contando Cuentos en la Biblioteca, abrimos la puerta a un mundo donde la imaginación se sentaba junto a nosotros, entre susurros, páginas y miradas curiosas.

Este segundo libro nace de esas mismas tardes mágicas, pero con nuevos relatos, nuevas voces y nuevas aventuras. Aquí, cada cuento es una llave que abre un rincón distinto.

Algunos cuentos te harán reír, otros te invitarán a reflexionar y unos cuantos más, quizás te dejen con un nudo en la garganta.

ISBN: 978-607-96438-6-7